

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

EL LABERINTO

silver kane





SS **SERVICIO SECRETO**



SILVER KANE

EL LABERINTO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.039

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 21.128 -1970
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: julio, 1970

© SILVER KANE – 1970
sobre la parte literaria

© JORGE NÚÑEZ – 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—¡No se acerque!

El ayudante del *sheriff* de Montgomery, en Alabama, sonrió turbiamente.

—¿Pero por qué te asustas tanto, muñeca? ¿Qué pasa? Si yo no intento nada... Ven. Tienes que firmar aquí.

Le mostraba un papel que estaba sobre la mesa. Ella lo miró con los ojos nublados.

Poco a poco intentó tranquilizarse.

Se notaba que estaba haciendo un terrible esfuerzo para comportarse otra vez como una mujer segura de sí misma.

—Aquí... Tienes que firmar, aquí.

La muchacha avanzó poco a poco, vacilando.

Era una mujer de las que ponen los ojos cuadrados a cualquiera. ¿Qué edad tendría? ¿Veinte? ¿Veintiuno? El ayudante del *sheriff* de Montgomery, en Alabama, conocía ese detalle bien, pero ya ni siquiera lo recordaba. Hizo crujir los nudillos mientras ella se aproximaba poco a poco.

—Aquí... Aquí, debajo de donde dice «Marian Lane». Ése es el sitio en el que tienes que firmar.

«¿Cómo es posible que exista una mujer tan hermosa? —pensó el ayudante—. ¿De dónde ha salido? ¿Cuál es exactamente su raza?».

En efecto, ¿cuál era su raza? Porque Marian Lane participaba de la esbeltez admirable de las negras y de la suavidad turbadora de las blancas. Y hasta de la dulzura de las muchachas amarillas. La mezcla de sensaciones, el vestido atrevido, la minifalda, todo eso producía un efecto turbador, casi inolvidable.

Marian tomó el bolígrafo que el ayudante del *sheriff* le tendía.

Fue a firmar.

Y el otro intentó abrazarla de nuevo. Ésta dio un instantáneo salto hacia atrás, mientras preparaba las uñas como una fierecilla.

—¡Si vuelve a intentarlo le juro que...!

—¿Qué? ¿Qué vas a intentar, imbécil? Estás en mi poder. ¿Es que aún no te has dado cuenta? —masculló el ayudante—. Mi jefe no está. Yo soy el amo aquí. Los dos hombres que hay al otro lado de la puerta son de absoluta confianza. Nadie más va a oírte, muñeca.

Tendió lentamente las manos hacia ella, mientras la miraba con ojos obsesionados.

—Sí, soy el amo —susurró, mientras avanzaba centímetro a centímetro—. ¿Y en cambio tú qué?... ¿Quién eres tú, Marian Lane? ¿Es que no te das cuenta de la situación? Has sido detenida en un *dancing*, en una redada de mujeres callejeras. ¿Qué esperas que ocurra? ¿Qué te hagan un monumento?

—Espero ser juzgada con arreglo a la ley —susurró Marian con voz tensa—. Y espero que, también con arreglo a la ley, se me permita llamar a un abogado enseguida.

—¿Un abogado? ¿Para qué? ¡Qué tontería! Lo que tú has hecho no constituye propiamente un delito. Ni jueces, ni jurados ni nada de eso. Es una especie de infracción administrativa. Es algo cuya solución depende exclusivamente de nosotros, de la policía. Y si decidiéramos llevarte a Wartmoor.

La muchacha carraspeó.

Era la primera vez que oía aquel nombre.

—¿Wartmoor? ¿Qué es eso?

—Un reformatorio para mujeres descarriadas como tú. Para menores de edad.

Marian rechinó los dientes.

—Yo no soy una mujer descarriada.

—¿No, eh? ¿Entonces qué hacías allí?

Y el ayudante del *sheriff* rió secamente.

—¿Pero por qué nos molestamos en discutir? —preguntó a continuación—. ¿Qué ganamos con eso? Ni tú ni yo, pequeña... En cambio, si te portas bien, la cosa se soluciona fácilmente. Se soluciona en un rato. Borro tu nombre de la lista, te dejo salir y ya está... ¡Ya está!

Y saltó de nuevo sobre la muchacha, intentando acorralarla contra la pared.

Pero Marian Lane ya estaba dispuesta a todo.

Ya había llegado al límite de su resistencia de mujer. No le importaba nada de lo que pudiera ocurrirle, con tal de no ceder a las exigencias de aquel cerdo. Lanzó sus uñas hacia adelante, clavándolas profundamente en la cara del policía.

Éste lanzó un verdadero aullido.

Sobre sus mejillas quedaron claramente marcadas ocho líneas de sangre.

La puerta se abrió de pronto, y los dos policías que aguardaban en la antesala entraron violentamente en el despacho.

—¿Qué pasa?

—¿Pero qué ocurre, Wint? Has gritado como un loco.

Wint, el ayudante del *sheriff*, se llevó las manos a las mejillas y las retiró cubiertas de sangre.

Su rostro estaba congestionado.

Sus ojos despedían un odio frío, lacerante, que parecía descender de ellos gota a gota.

—No ha ocurrido nada —masculló—. Simplemente que esa pécora ahora a hacerse la chica honrada. Pero se acabó. Vamos a llevarla a Wartmoor.

Los dos agentes, que estaban de acuerdo con su jefe, miraron a la chica como dos perros hambrientos a los que se quita una tajada de carne cuando ya tenían casi entre los dientes.

—¿Y no podríamos? —susurró uno de ellos.

—No se puede ir más lejos —murmuró el ayudante—. El *sheriff* podría enterarse. Y aunque ésa pertenece a una serie de organizaciones negras, no le gustará si extremamos la nota. Pero va a acordarse para siempre del día de hoy. Irá a Wartmoor por dos años.

—¿Sin pruebas? —musitó uno de los policías.

—Bastará con nuestra declaración y con los documentos que nosotros arreglemos. ¡Hala! ¡Fuera! ¡Sacadla de aquí!

Marian Lane fue sacada a empujones.

Cuando la llevaron a una celda independiente, donde estaría sola, la muchacha tenía los ojos anegados en llanto.

Wartmoor... Es la primera vez que veo Wartmoor. No creí que en los Estados Unidos, y en 1970, existieran edificios así. ¡Parece un castillo inglés de la Edad Media! ¿Quién lo construyó? ¿Por qué se

conserva de ese modo? ¿Cómo es posible que no lo hayan reformado? Da miedo verlo. ¡Si parece un sitio ideal para que la estrangulen a una!

La directora de Wartmoor era la señora Pickers West. Uno imaginaba que un lugar así la mujer que mandaba tenía que ser una solterona amargada, de sesenta años al menos, cuyo cuerpo jamás hubiera tenido una curva y cuya alma jamás hubiera sentido una pasión. Pero era todo lo contrario. Bueno, al menos lo parecía. La señora Pickers West tenía unos treinta y cinco años y estaba, para el gusto de muchos, en su mejor edad. Vestía de negro, como correspondía a la severidad del establecimiento. Pero resultaba que el negro le caía bien.

Afortunadamente todas las servidoras del Wartmoor eran mujeres.

Cuando Marian Lane entró allí, la acompañaba una secretaria.

Fue ella la que se sentó al otro lado de la mesa, delante de una máquina de escribir que debió ser fabricada allá por 1930. Y en presencia de la señora Pickers que se había sentado en una butaca algo más allá, comenzó el interrogatorio.

—¿Nombre?

—Marian Lane.

—¿Edad?

—Veinte.

—¿Lugar de nacimiento?

—Nueva York.

—¿Nombres de los padres?

—Leonard y Marian.

—¿Viven?

—No.

—¿Dónde fuiste detenida?

—En un *dancing* llamado Pickwick.

—¿Sola?

—No, con otras.

—¿Y por qué te han enviado a Wartmoor sola? ¿Te lo dijeron?

—No, no me dijeron nada.

—¿Cuándo empezaste a ser una mujer pública?

Marian Lane se sonrojó violentamente, mientras inclinaba el

busto hacia adelante.

—¡Yo no soy lo que usted dice!

—No, claro que no —la secretaria rió melifluamente—. Me daís asco las que no tenéis la valentía de reconocerlo. Te detienen durante una bronca y aún lo niegas. No te hubiera ocurrido nada caso de no meterte en aquel reparto de guantazos. ¡Pero si vieras la recomendación que te ha hecho la policía de Montgomery!... ¡Hala, sigamos!

La señora Pickers, que había cruzado las piernas, dijo con un mohín de hastío:

—No haga comentarios, señorita Ley. Límitese al interrogatorio reglamentario.

La señorita Ley contuvo un gesto de ira. Pero se aguantó porque para eso le pagaban. Aunque mal.

—Dime —preguntó—. ¿Cuándo empezaste con eso?

—No he empezado.

—¿Qué tratas de decir? ¿Qué eres una muñequita? ¿Quieres que te sometamos a examen médico?

—No quiero pasar por esa humillación.

—Vaya... Pues por otras humillaciones peores habrás pasado, niña.

La señora Pickers insistió:

—No haga comentarios.

—De acuerdo, no los haré —murmuró la señorita Ley—. ¡Aunque reconocerá que no se puede trabajar de esa manera! ¿Cuántas veces más has estado detenida por el mismo motivo, Marian Lane?

—Ninguna.

—¿Cómo que ninguna? La ficha que nos ha acompañado la policía dice que ésta es la tercera vez. Y que por esa razón y por ser menor de edad tienes que estar una temporada en Wartmoor.

—La ficha de la policía es falsa.

—Ah, vaya... Ya empezamos.

—¡Yo no sé lo que otras dirán! —musitó Marian, sintiéndose al borde del *shock* nervioso—. Pero yo sé lo que me digo. ¡La ficha de la policía es falsa!

—¿Y por qué el *sheriff* de Montgomery hubiera tenido que firmar un documento falso? El *sheriff* de Montgomery es un hombre

intachable. Un poco duro con los activistas negros, pero intachable.

—Él firmó lo que su ayudante le puso delante de las narices. ¿Por qué había de molestarse en comprobarlo?

—Muy bien. ¿Y por qué el ayudante había de mentir en una cosa que le puede costar el puesto?

—Porque él sabe que no le va a costar el puesto. Sabe que nadie comprobará nada. Y lo hizo porque yo me negué a sus requerimientos... ¡porque él sí que quería convertirme en una golfa!

La señorita Ley hizo un mohín burlón, pero esta vez no se atrevió a decir nada.

—Sin comentarios —dijo solamente—. Y ahora añade lo que quieras. Explica tu conmovedora historia.

Marian Lane sentía que las lágrimas volvían a asomar a sus ojos. Sentía también que estaba al borde una terrible crisis.

Pero se aguantó.

Tenía que mantenerse firme. Tenía que conservar su inteligencia y su temple, o estaba absolutamente perdida.

Explicó su historia.

Explicó que era católica.

Que pertenecía a la Liga de los Derechos Civiles y a una serie de asociaciones para la igualdad de las razas.

Que estaba preparando un informe sobre la prostitución en el sur de Estados Unidos, basándose en una serie de datos según los cuales muchas jóvenes negras eran mantenidas en ese estado en contra de su voluntad. Es decir, eran explotadas por ciertos caciques locales.

Que esas mujeres negras, en caso de tener problemas con la ley, no gozaban ni de las escasas garantías que eran ofrecidas a las blancas.

Que el informe que ella estaba preparando tenía que publicarse luego en casi todos los periódicos del país.

Explicó también que haría acusaciones muy concretas, y que ya tenía apuntados algunos nombres de los que removerían hasta las entrañas del Sur.

Por fin explicó los motivos de su detención: Estaba en un *dancing* hablando con unas cuantas cortesanas negras cuando se suscitó una enorme bronca. Ella intentó separar a las que se peleaban, y en ese momento llegó la policía. La detuvieron con

otras varias, pero ella le gustó al ayudante del *sheriff*. Y por no haber querido acceder a sus pretensiones, estaba ahora allí, en Wartmoor, con un informe falso y una ficha también falsa.

Al terminar de hablar, Marian Lane miró a la señorita Ley.

Se dio cuenta de que ésta no la creía. De que no había creído ni una palabra.

Miró a la señora Pickers West.

Y tuvo la sensación de que ella tampoco la había creído, aunque al menos la miraba con una cierta simpatía. Tuvo también la sensación de que en la señora Pickers West sí que podía confiar. Y ella era la directora del establecimiento.

—Por favor —susurró, volviéndose hacia ella—. Escúcheme.

La señora Pickers hizo un gesto con la derecha.

—Todo a su tiempo, querida, todo a su tiempo. Tú serás escuchada al menos una vez al mes. Y eso me dará ocasión para irte observando. Comprenderás que ahora no puedo juzgar.

Marian lo comprendió.

Pero dijo:

—Un mes...

—Te parece mucho, ¿verdad?

—Me parece... una eternidad.

—Pronto te acostumbrarás. Aquí los meses pasan volando.

—Pero es que yo...

—No te preocupes. Todo se hará con imparcialidad. Quizá después de nuestra primera o segunda entrevista ya puedas quedar libre.

—¿No puedo al menos escribir a las asociaciones de las que dependo? —imploró Marian.

—Verás... Aquí las chicas tienen prohibido escribir, hasta que empezamos a conocerlas. Seguramente no podrás recibir ni enviar correspondencia durante un par de semanas. Luego ya se decidirá.

—Pero... ¿no puedo escribir tampoco al obispo de Montgomery? ¡Él me conoce!

—Habrás de tener paciencia quince días.

—Entonces hagan una cosa. ¡Escriban ustedes! ¡Comprueben lo que quieran! ¡El obispo les contestará!

La señora Pickers negó con un suave movimiento de su derecha.

—Por ahora no, compréndelo.

—¿Tienen miedo de que yo les engañe? ¿Tienen miedo de hacer el ridículo?

—En parte esa es la razón. Casi todas las menores que vienen aquí nos piden que escribamos a tal o cual personaje. ¿Y sabes lo que ocurre? Que ni las conocen. Hacemos papeles muy desairados. Por eso hemos decidido tener prudencia y aguardar al menos quince días. Ese plazo nos permite observar un poco más a las chicas y saber si son sinceras.

—¡Pero yo lo soy!

La señora Pickers West sonrió con indulgencia.

—Por favor, querida, no pretendas de momento ser distinta de las otras. El tiempo nos dirá lo que hay que hacer. Y ahora te recordaré que tenemos una orden de la policía para mantenerte bajo la máxima vigilancia. Por otra parte, al ser ésta la tercera detención en la minoría de edad, es posible, en teoría, que debas permanecer aquí dos años.

—¿Hasta qué punto dependen ustedes de la policía? —susurró Marian.

—Dependemos totalmente, al menos durante las primeras semanas. Luego ya intervienen un juez y una junta de vigilancia. También vienen asistentas sociales que consiguen muchas rehabilitaciones. Pero eso es más adelante, ¿comprendes? Ahora hay que seguir las órdenes.

—¿Esto es un organismo estatal?

—A los efectos penales sí que lo es. Ahora bien, económicamente depende de una junta de beneficencia. Por eso estáis bien alimentadas y disponéis de servicios médicos completos. En el aspecto material no tendrás quejas mientras estés aquí. Incluso durante los primeros tiempos, y si te portas bien, dispondrás de una habitación casi para ti sola; sólo tendrás que compartirla con una compañera. Señorita Ley, hágase cargo de ella.

Marian comprendió que la entrevista había terminado.

Tenía que aguantarse de momento. Pero necesitaba conservar la serenidad. Había de conservarla o estaba perdida.

La señorita Ley la acompañó a lo largo de los pasillos.

Pasillos interminables.

¿Qué extrañas sensaciones despierta todo esto en mí? ¿Por qué me parece como si lo recordara? ¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío? ¿Yo

no he estado jamás en Alabama hasta ahora! ¡Nunca había oído mencionar el nombre de Wartmoor! ¡Incluso la primera vez me sobresalté! ¡Wartmoor! Me sonaba mal. ¿Pero por qué pienso todo esto? ¿Por qué tengo la sensación de que este pasillo, este recodo por ejemplo los he visto antes en alguna parte?

¿Me estaré volviendo loca?

Marian se detuvo de repente.

Estaba en un recodo del pasillo, ante una puerta, ante una alta pared que se perdía en las lejanías casi ojivales del techo.

La señorita Ley se volvió.

—¿Qué te pasa?

—Esa pared...

—¿Qué ocurre con esa pared? ¿Qué tonterías dices?

—Tengo la sensación de haber estado antes aquí.

La señorita Ley lanzó una áspera carcajada.

—¡Vaya! ¡Mirad por dónde nos sale esta ahora!

—Perdóneme, pero... Pero creo recordar esto.

—Consultaré bien nuestros ficheros. Yo sólo llevo un año aquí y no puedo acordarme. ¡Pero a ver si resulta que eres una antigua clienta de Wartmoor! ¡A ver si resulta que la palomita ya se las sabe todas!

—Por favor, créame. No había estado jamás en Wartmoor. No sabía ni que existiera.

—Pues sigue adelante.

Marian tragó saliva con un espasmo, haciendo un nuevo y terrible esfuerzo para mantenerse serena.

—Por favor... usted no me creerá, pero... Pero aquí había antes un cuadro.

—¿Un cuadro?

—Sí.

—¡Nunca lo ha habido!

—Está bien. Perdóneme.

—¡A ver si resultará que ahora eres una visionaria!

Marian prefirió no contestar.

Siguió caminando por el pasillo interminable, hasta llegar a una puerta de madera, que la señorita Ley abrió con una gruesa llave. Se encontró entonces en una estancia bastante confortable y a la que nada había que objetar en el aspecto material. Tenía incluso

servicio y ducha privados. Era una habitación pequeña, pero ése resultaba un detalle secundario. También resultaba un detalle secundario (había que comprender que se trataba de una especie de prisión) la ventana enrejada.

Marian miró por ella.

Estaba en un cuarto piso.

Desde allí se divisaba una magnífica perspectiva de los campos de algodón y tabaco de Alabama.

Hacía calor, pero no demasiado. Se estaba bien. Era una de esas temporadas que han dado fama al Sur, que lo han hecho tan apto para la dulzura de la vida.

—No te faltará buena vista —dijo burlonamente la señorita Ley—, ya que te faltan buenas costumbres.

—¿Cuál es el régimen que se sigue aquí?

—De momento estarás un día encerrada. Se te quiere dar la oportunidad de reflexionar y de irte acostumbrando. Luego te integrarás a las tareas de las otras. Se te asignará un grupo para trabajos manuales. Y si no tienes ningún oficio, te enseñarán el que tú elijas.

Marian comprendió que Wartmoor quizá era en aquel aspecto una institución modelo.

Pero ella no tenía por qué estar allí, y con todas sus fuerzas se hizo el firme propósito de mantenerse serena y de luchar para salir cuanto antes.

—Te servirán la cena en la habitación —dijo—. Mañana ya irás al comedor con las otras.

—¿Y mi compañera?

—Está trabajando. Ya vendrá.

—De acuerdo. Y perdone el mal rato que le he dado, señorita Ley.

La señorita Ley, a pesar de la sumisión de la otra, siguió sonriendo burlonamente.

Dijo con voz opaca:

—¿Qué? ¿Y esto no lo conoces?

—No. Esta celda no.

—¡Pues procura no tener visiones, muñeca! ¡Si caes en manos de la doctora Ransom estás lista!

Y cerró con llave la puerta.

Marian quedó sola, y entonces el desfallecimiento más absoluto se apoderó de ella. Pensó que iba a pasar tiempo y tiempo antes de que saliera de allí. No tenía ningún miedo a un tribunal, pero sí a los funcionarios administrativos que ocultan papeles y falsean los datos. Si no le permitían escribir, ¿quién sabía cuánto tiempo podía durar aquello?

Decidió no pensar.

Era mejor dormir, olvidarse de todo, descansar.

Se tendió en una de las literas y no tardó en quedar dormida.

El sueño que tuvo fue muy agitado.

Ella caminaba por aquel pasillo que ya antes había recorrido, y en él había un cuadro. Había un cuadro a mano izquierda. Lo recordaba perfectamente. Luego doblaba un recodo. Y entraba en una habitación.

Fue contando las puertas.

Cinco... Seis... Siete...

Le parecía estar despierta.

Su sueño era uno de esos sueños fríos, analíticos, en los que se barajan los datos y los recuerdos con tanta precisión como si uno estuviera en vela.

Contó las puertas otra vez.

Cinco... Seis... Siete...

Y de pronto se estremeció.

¡La séptima puerta era la suya!

¡Ella había entrado por la séptima puerta!

¡Y había entrado en la habitación en que estaba ahora!

Aquel sueño de Marian, mezcla de realidad y de ficción, le producía en las sienes un dolor insoportable.

Hubiera querido despertar mil veces.

Pero no podía... ¡No podía!

Marian Lane siguió hundida en su sueño, pero mientras soñaba pensaba también. Intentó precisar los datos. Intentó recordarlo todo.

En primer lugar: ¿qué recuerdos eran aquéllos?

¿En qué otra ocasión había entrado ella por la séptima puerta?

Trató de imaginarlo.

Y se vio a sí misma como una niña.

Debía ser una niña, puesto que veía perfectamente que sus ojos

sólo llegaban a la altura de los picaportes.

Abría aquella séptima puerta.

Y se encontraba en una habitación pequeña, con cuarto de servicio privado, con una ventana que aún no estaba enrejada y con unas paredes formando unos ángulos exactamente iguales a los de la habitación en que ella se encontraba ahora.

Tuvo un sobresalto. Todos sus músculos se pusieron tensos. Pero siguió dormida.

Entonces ella se inclinaba sobre una de las baldosas. Era como las otras. Era una fea baldosa gris. Pero tenía un pequeño resquicio en un ángulo, un esquicio en el que sólo cabía una uña.

Ella introducía aquella uña.

Marian Lane, dormida como estaba, sentía sin embargo que el sudor corría por sus facciones y empezaba ya a bañar todo su cuerpo.

No distinguía ya entre el sueño y la realidad. No sabía si recordaba algo que había hecho años atrás o estaba efectuando aquellos mismos actos ahora mismo.

Lo cierto fue que algo se movió delante de sus ojos.

Y entonces éstos se desencajaron, entonces brotó de sus labios aquel alarido de horror.

Porque había visto aquella cosa absurda, increíble, espantosa. Porque acababa de ver a la muchacha muerta.

CAPÍTULO II

Marian no sabía bien si había gritado en sueño o había gritado en la realidad, estando ya despierta. Eso, por sus propios medios, no llegó a saberlo nunca. Pero debió gritar estando despierta. Al menos eso lo comprendió por deducción, cuando poco después recapitulaba lo sucedido.

Lo cierto fue que la imagen de la muchacha muerta se esfumó.

Y de pronto sintió que alguien la sujetaba.

La sujetaban entre varios hombres o mujeres.

No lo sabía bien.

Sólo sabía que ella se estaba debatiendo espasmódicamente, tratando de liberarse, como si sufriera un auténtico ataque de epilepsia.

Y de pronto despertó.

O recobró el conocimiento. Porque no sabía bien si se había desmayado al ver a la muchacha muerta.

Se encontró en una habitación blanca, mucho más amplia que las otras, y cuyas ventanas tenían cristales esmerilados. Estaba tendida sobre una cosa dura, que dedujo enseguida se trataba de una mesa para exploraciones como las que utilizan los médicos.

Aquello era una especie de dispensario. Lo notó por los armarios con medicinas y con pequeño instrumental quirúrgico.

Una mujer muy alta y gruesa, de facciones brutales pero de ojos inteligentes, la miraba con fijeza.

Llevaba una bata blanca. Y en la bata blanca había bordado un nombre: «Ransom».

¡Era la doctora Ransom! ¡La señorita Ley le había dicho que procurara no caer en sus manos!

La doctora le palmeó la cara. Lo hizo con tanta fuerza que la cabeza de Marian fue de un lado para otro.

—¿Qué? ¿Ya se siente mejor?

—Sí... Me siento mucho mejor.

—Soy la doctora Ransom. Procuraré ayudarla.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Espere. No se excite.

Y se puso a preparar un inyectable, mientras clavaba en ella de nuevo aquellos ojos inteligentes que no concordaban bien con sus facciones brutales.

Mientras le inyectaba el líquido en la vena, explicó:

—Hemos oído sus gritos. Y al entrar la celadora en su habitación, la ha visto tendida en el suelo, con las facciones desencajadas y los ojos abiertos. Al parecer acababa de desmayarse.

—Por lo tanto no estaba dormida.

—¿Dormida? Se acababa de desmayar a causa de un *shock* nervioso. Eso era todo.

Marian casi brincó en la camilla.

—¡Por lo tanto no ha sido un sueño! —gritó.

—¿A qué se refiere?

—¡La muchacha muerta!

—¿Qué muchacha muerta ni qué tonterías dice?

Y volvió a cachetearla otra vez —aunque sus manazas daban auténticas bofetadas—, para obligarla a tenderse de nuevo en la mesa.

—Espere —pidió—. No hable ahora. Cálmesese.

Marian comprendió por qué se lo decía.

La inyección que acababan de administrarle producía un magnífico efecto sedante sobre ella. Conservaba la plenitud de su inteligencia y sus facultades, pero estaba mucho más tranquila. De pronto le parecía que las cosas ya no eran tan graves, y que podía hablar de ellas con más serenidad.

La doctora Ransom notó el cambio en sus ojos.

—Vamos a ver —dijo sonriendo—, ahora puede hablar con toda tranquilidad. ¿Quiere contarme lo que ha sucedido?

—Desde luego... A mí me dejaron sola en mi celda.

—No es una celda, sino una habitación. A ver, siga.

—Después de un rato me sentí muy deprimida, muy triste. Y entonces pensé que me convenía olvidarme de todo, ojalá pudiera dormir.

—Es natural. ¿Y se durmió?

—Supongo que sí. Digo que lo supongo porque ya no estoy segura de nada. Pero es cierto. Debí dormirme. Porque al cabo de un rato me puse a soñar.

—¿Qué soñaba?

—Que iba por un pasillo como el que lleva a mi celda... digo a mi habitación.

—Bueno, ese sueño no tiene nada de raro.

—Pero cerca de un recodo había un cuadro.

La señorita Ley, que lo presenciaba todo desde un ángulo del consultorio, intervino entonces.

—Antes ya habló de ese cuadro, señorita Ransom, Pero, por supuesto, es una cosa absurda. El cuadro no existe.

—Muy bien, muy bien... Siga explicándome lo que sucedió.

—Entonces yo seguía avanzando por el pasillo —musitó Marian Lane—. Y contaba las puertas. Tenía la sensación de que las había contado diez veces, cien veces... Llegaba a la séptica puerta, la abría y entraba en la habitación. Era exactamente igual que la mía. Todo igual.

La doctora Ransom la seguía mirando fijamente.

—Un momento —dijo—. ¿Usted ha estado antes aquí?

—No, nunca.

—¿Dónde nació?

—En Nueva York. Y la vez que me detuvieron era la primera vez que estaba en Alabama.

—¿Sus padres también vivían en Nueva York?

—Sí, sí, desde luego.

—¿Qué era su padre?

—Arquitecto, pero se dedicaba también mucho cosas de decoración.

—¿No tuvo relación con negocios de algodón o tabaco? ¿No formaba parte de ninguna asociación política? ¿No vino nunca a Alabama y la trajo a usted, aunque usted fuera muy pequeña?

—¿Lo dice porque yo pude estar en este edificio siendo muy niña, olvidarlo luego y haberlo recordado ahora?

—Exacto.

—Pues no, no es posible —dijo con desesperanza, Marian—. Le aseguro que jamás estuve en Alabama. Ni de niña ni de mayor. Jamás.

—Quizá estuvo aquí detenida en otra ocasión.

—Nunca —negó Marian—. Pero si hubiese estado aquí detenida sería ya en calidad de mujer mayor. Y yo lo recordaría perfectamente.

—Pudo haber perdido la memoria y recordar cosas ahora. ¿Ha sufrido algún ataque de amnesia?

Marian Lane rió por lo infantil de la pregunta.

—No, no... A mí no me ha pasado como en las películas. No he perdido la memoria jamás. Lo que dice es una tontería.

De todos modos la doctora Ransom no se fió.

Por lo visto era una mujer concienzuda, una mujer que no dejaba un detalle al azar.

—A ver los dientes —pidió.

—¿Para qué?

—¡He dicho que a ver los dientes!

Marian abrió la boca y se los enseñó.

Disfrutaba de una dentadura casi perfecta.

Sólo tenía una pequeña plastia en un molar.

La doctora Ransom se fijó atentamente y luego le tomó medidas del cráneo.

Hecho esto se dirigió a unos ficheros electrónicos que tenía a un lado del consultorio.

Pulsó unas fichas y analizó los resultados.

Al fin se volvió de nuevo hacia Marian Lane.

—Cabe la posibilidad de que una muchacha entre aquí dos veces con distintos nombres —dijo—. Las chicas que se hallan en esos trances emplean todos los trucos, claro. Incluso el amañar documentaciones falsas. Por ello dispongo de fichas con datos que no engañan: dentadura y medidas craneanas. Y he llegado a la conclusión de que usted no estuvo jamás aquí. Pero entonces, ¿cómo recuerda esas cosas?

—No lo sé —bisbiseó Marian—. Y le juro que me encuentro aterrorizada de mí misma.

—Cabe la posibilidad de un sueño en el que mezcle datos de la vida real —murmuró la señorita Ley, metiendo cucharada en todo aquello.

—Sí, claro... Que sueñe como una cosa muy lejana cosas que acaba de vivir. No es tan extraño, después de todo —miró a Marian

—. ¿Y qué sucedió luego? Cuente.

—Aquí viene lo difícil —confesó Marian—. De pronto algo hice en una baldosa del suelo. No recuerdo qué. Ah, sí... Introduje una uña en una ranura. Y de pronto... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Parecía otra vez al borde del ataque de nervios, los efectos sedantes de la inyección habían servido de bien poco. Se estremeció convulsivamente.

La doctora Ransom se dio cuenta de que sus recuerdos la horrorizaban y de que estaba a punto de sufrir otra crisis.

Pero decidió aprovechar aquel momento de sinceridad.

La sujetó fuertemente por los hombros, levantándole la cabeza mientras gritaba:

—¡Hable! ¡Hable de una vez! ¡Hable!

—¡Vi una chica muerta! —gritó Marian, ya fuera de sí—. ¡Llevaba una bata blanca completamente teñida de sangre! ¡La habían apuñalado! ¡Iba tinta en sangre!

Y Marian ya no pudo decir más.

Cayó desplomada.

Y hubiera rodado de la camilla al suelo caso de no haberla sujetado la doctora Ransom.

La muchacha se encontró más tarde en una cama de sábanas inmaculadamente blancas.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Horas? ¿Días? ¿O sólo minutos tal vez?

Miró en torno suyo.

Aquello era una especie de enfermería con ventanas enrejadas, pero estaba ella sola. Las otras cinco camas se encontraban vacías.

Debían haberle administrado un calmante más fuerte que el anterior, porque sentía la cabeza algo embotada y tenía seca la boca.

Seguro que había dormido bastantes horas.

Por las ventanas ya sólo entraba la negrura de la noche.

En los cálidos prados de Alabama, las cigarras cantaban incansablemente sus cánticos de libertad. Y aquel sonido característico, que hablaba de un tiempo mejor, atravesaba las ventanas.

Marian se incorporó en el lecho.

Iba vestida con un pijama blanco que llevaba las iniciales del establecimiento de Wartmoor.

Miró su reloj de pulsera, que le habían permitido conservar: eran las dos de la madrugada.

Marian se estuvo quieta durante largo rato. Pensó: «¿Por qué no me estoy tranquila? He tenido un mal sueño; eso es todo. No hay ninguna chica muerta. Yo no había estado jamás aquí. No hay ningún cuadro en aquel pasillo. Lo único que me interesa es mantenerme serena y no llamar la atención. Es decir, hacer cosas completamente distintas a las que hasta ahora he hecho. He de estar tranquila, tranquila...»

Pero estos pensamientos no la convencieron.

Estaba completamente segura de que su sueño ¡era verdad!

¿Pero por qué? ¿Qué datos tenía para creer eso?

Decidió comprobarlo.

De momento estaba sola y podía, por lo tanto, moverse con una relativa libertad.

Quizá pensaban que la inyección le haría efecto hasta el amanecer, y no la vigilarían.

El caso fue que salió de la enfermería.

La casa era enorme.

Wartmoor, ya lo había notado al llegar allí, recordaba a un viejo castillo de Inglaterra.

Pero sin embargo no vaciló.

Siguió adelante.

¿Por qué sé el camino que debo seguir? No había estado nunca aquí. Seguro... ¡Seguro! ¿Pero por qué sé que a la derecha hay una escalera? ¡Y la escalera existe! ¿Por qué sé que una vez subida me encontraré en el pasillo donde estaba mi primera habitación? ¡Y ya estoy aquí! ¡El pasillo se encuentra al final de la escalera! ¿Cómo es posible que lo sepa? ¡Dios santo! ¿Cómo es posible que lo sepa?

Avanzó por el pasillo silenciosamente.

Todo estaba quieto, como muerto.

Las puertas se hallaban cerradas.

No se oía tras ellas ni un susurro, ni una respiración.

Al parecer nadie vigilaba.

La muchacha se detuvo en un cierto ángulo del pasillo.

Una voz remota, insistente, parecía decirle: «¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!... Ciertamente que no se notaba ni el roce de un cuadro en el trozo de pasillo que ella estaba mirando».

Éste ha sido pintado poco tiempo atrás. Y había sido pintado por alguna persona poco escrupulosa y con pintura mala. Marian, que durante su niñez siempre había visto pinturas y objetos de calidad, supo notar enseguida eso.

Miró bien el ángulo de la pared. Pareció calcular palmo por palmo.

Y entonces rozó la pintura, que era a base de cola, o sea que se raspaba con facilidad.

La pintura que había debajo, en cambio, ya muy antigua, era una pintura al aceite.

Marian, poseída de una febril excitación, raspó con las uñas hasta casi rompérselas. Descubrió una extensa zona de la antigua pintura al aceite, que por lo visto había cubierto la pared durante años y años.

Y masculló:

—Dios mío.

Porque sobre la pintura estaba la marca dejada por un cuadro. Un cuadro que había estado años y años allí. Un cua...

Marian ya no pudo seguir pensando.

De pronto todo se nubló para ella.

De pronto sus rodillas se doblaron.

Y el suelo ascendió vertiginosamente hasta sus ojos.

CAPÍTULO III

Era la doctora Ransom la que estaba inclinada sobre ella. La doctora Ransom que seguramente había sido interrumpida durante el sueño, porque llegaba una bata anudada de cualquier manera, pero que la miraba con ojos bien atentos y bien despiertos.

Y la miraba de una manera distinta.

No ya como a una visionaria.

Sino como a una mujer distinta.

—¿Cómo lo sabía? —murmuró.

Marian Lane se dio cuenta inmediatamente del sentido de la pregunta.

—No lo sé. Pero lo sabía.

—¿Seguro que nunca estuvo aquí?

—Seguro.

—Hay otras cosas que no entiendo —murmuró la doctora Ransom.

—¿Por ejemplo?

—Verá... Cuando usted entró en Wartmoor, se la hizo pasar por las secciones reglamentarias. Todas esas secciones están en un ala completamente opuesta a la de la enfermería. Cuando a usted la llevamos a la enfermería, estaba sin sentido. No conocía, por lo tanto, nada de ese sector. Y le pronto que llegar desde allí al sitio en que la encontramos, es un verdadero galimatías si no se conoce el camino. Diga... ¿cómo lo conocía?

—Pues... no lo sé.

—Pero no se equivocó. No dio rodeos. Lo prueba el hecho de que usted debió desaparecer de la enfermería después de la ronda de las dos menos cinco. En la ronda de las dos y cuarto, ya no estaba. Se dio la alarma y cinco minutos más tarde se encontró desmayada al pie de aquella pared. Caso de no conocer el camino, no habría llegado tan lejos. Dígame... ¿cómo lo conocía?

Marian se llevó las manos a la cabeza.

Las sienes le zumbaban terriblemente.

—¿Cómo voy a saberlo? —gimió—. No recuerdo nada. ¡No recuerdo nada!

La doctora Ransom se llevó las dos manos a la cara, como si se quisiera encajar bien la mandíbula.

—La única explicación estaba en que hubiera venido antes aquí —dijo pensativamente—. Pero ya hemos visto que eso no es posible. O que hubiera tenido ante los ojos los planos del edificio. Pero tampoco puede ser, porque no existen planos de Wartmoor. Precisamente la dirección habló hace poco de la necesidad de realizarlos. Una última posibilidad consiste en que su padre, que me dijo que era arquitecto, hubiera construido Wartmoor y le hubiese dicho a usted cómo era. Ésa es la explicación más absurda, porque aparte de que usted no podría recordar bien los detalles, Wartmoor fue construido durante la guerra de Secesión, es decir en 1863. Su padre no podía entonces ni siquiera haber nacido aún.

—Cierto —susurró Marian—. Mi padre nació en 1910 y murió muy joven, en un accidente, cuando empezaba a ganar algún dinero.

La doctora Ransom volvió a sujetarse de nuevo la mandíbula, como si temiera que se le escapase.

Y farfulló:

—Todo absurdo, completamente absurdo.

Dio unos pasos por la habitación, con las manos a la espalda.

Había momentos en que parecía un hombre.

Y sus nudillos crujieron como hubieran crujido los de un hombre que practicara el boxeo.

—Eso sí que es absurdo —dijo.

Pero en aquel momento se oyó una voz al fondo de la enfermería.

Era la de la señora Pickers West.

La señora Pickers West había entrado silenciosamente. Llevaba ahora una bata bien anudada y unas zapatillas. Ya no era una mujer bonita. Por el contrario, en pocas horas parecía haber envejecido varios años.

—Doctora Ransom —musitó—, hay algo que quizá deba decirle.

La Ransom se volvió bruscamente.

—¿Qué es?

—Inquieta por las palabras de Marian Lane, he ordenado pasar una lista bien completa y detallada de todas nuestras pupilas. No una lista rutinaria, de esas que admiten errores y sirven para que a veces nos engañen, sino una lista implacable. Y hemos llegado a la conclusión de que falta una muchacha, una chica llamada Susan Albert.

La doctora Ransom palideció.

—¿Dice que falta?

—Sí. Y ahora ya estoy segura. Susan Albert se ocupaba del jardín. Y he comprobado que falta desde este mediodía más o menos. Es decir, más o menos desde que Marian dijo que la había visto muerta.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente todo el mundo se puso en movimiento.

Se notaba un cierto clima de alarma, un clima extraño en Wartmoor. Pero eso lo notaban solamente las que estaban en el quid de la cuestión y las veteranas del lugar. Las novatas no notaban nada. Para ellas era un día aburrido más, un día como los otros, de los que se sucedían en un hastío inacabable.

Marian, pese a ser novata, sí que lo notaba.

Y se daba cuenta de que las autoridades de Wartmoor estaban buscando por todos los rincones a la desaparecida Susan Albert.

Querían agotar todas las posibilidades antes de dar cuenta a la policía.

Marian tomó el desayuno con las demás internadas.

Y vio que había allí una gran variedad de mujeres, desde la muchacha asustadiza a la que habían capturado en una redada medio por equivocación a la profesional petrificada, metalizada y resentida, que miraba a todo el mundo con odio. Pasando por la también profesional, pero que guardaba en su alma unas reservas de ternura que sólo otra mujer hubiera podido captar.

Claro que no pudo hablar con ninguna.

La miraban con indiferencia.

Para las otras, ella era una más.

Después del desayuno, la llamaron.

Era la señora Pickers West.

La hizo entrar en la habitación que ocupó a su llegada a Wartmoor.

—Vamos a ver, Marian. No te pongas nerviosa. Lo que pretendo de ti es muy sencillo.

—¿Quieren que les ayude?

—Sí.

—¿Qué he de hacer?

—Indica la baldosa en la viste aquella ranura.

Marian se dio cuenta de que empezaban a creerla.

Al fin y al cabo aquello era una posibilidad para ella. Era, por supuesto, una posibilidad de salir.

De modo que se dispuso a colaborar y miró con la mayor atención las baldosas.

Éstas eran viejas. Había bastantes con pequeñas quebraduras e incluso con ranuras profundas.

Pero lo que le había parecido tan fácil en sueños —o en ese estado de duermevela en que había actuado el día anterior—, le resultaba muy difícil ahora. Miraba una y cien veces las baldosas sin decidirse. Y al fin lo vio claro.

—¡Ésta! —dijo—. ¡Ésta!

—¿Seguro?

—¡Seguro! ¡Era esta ranura!

—¿Qué hiciste?

—Introducir la uña en ella.

—Prueba otra vez.

Marian Lane probó. Hizo lo mismo que estaba segura había hecho el día anterior.

Y no ocurrió nada.

La baldosa permaneció inmóvil. También permanecieron inmóviles las paredes, sin que ocurriera absolutamente nada. La habitación siguió teniendo su mismo aspecto de cubículo hostil. Marian volvió a probar otra vez, pero con el mismo resultado.

Suspiró desalentada.

No lo entendía, porque estaba segura de que el día anterior todo empezó al introducir ella la uña en aquella baldosa.

La señora Pickers musitó:

—¿Era ésa?

—Sí.

—¿Seguro?

—Estoy convencida de que sí.

—Pues no hemos tenido suerte. Veo que no ocurre nada.

Marian, que estaba en cuclillas en el suelo, se puso en pie poco a poco, palideciendo.

—¿Qué esperaba, señora Pickers? —musitó.

—Pues no lo sé... No lo sé exactamente. Pero tal vez imaginaba

una puerta secreta o algo parecido.

Marian no contestó.

La cabeza le daba vueltas.

—¿Por qué tenía que imaginar eso, señora Pickers? —balbució al cabo de unos instantes.

—¿Cómo puedo saberlo? Llega un momento en que una ya imagina cualquier cosa. Pero no me hagas caso, Marian Lane. Gracias por haber tratado de ayudarnos. Dentro de poco se te asignará un grupo para que empieces con los trabajos manuales.

Y fue a salir de la habitación.

Marian la detuvo con un gesto casi ansioso, porque tenía miedo de quedarse sola.

—Señora Pickers.

—¿Qué?

—¿Han avisado ya a la policía para lo de Susan Albert?

—No, pero lo haremos enseguida. Todas las gestiones para localizarla han fracasado.

—¿Cómo era Susan?

—Pues... morena, con los ojos entre gris y verde, mediana estatura... Muy bonita.

Marian se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre.

Morena, con los ojos entre gris y verde, muy bonita... Ya no cabía ninguna duda. Era justamente la que ella había visto.

¿Pero dónde?

¿O había sido todo un condenado conjunto de casualidades, un maldito sueño?

—No pienses más en ello. Descansa si quiere hasta que te llamemos. Puedes salir al jardín.

—Gracias.

Era lo mejor que podían haberle dicho a Marian. Necesitaba poder caminar, moverse, respirar aire libre.

Descendió las escaleras y salió al jardín. Respiró con avidez hasta llenarse los pulmones.

Todo estaba muy bien cuidado, aunque ninguna chica trabajaba ahora allí. Susan Albert, si se encargaba ella sola del jardín, debió ser una verdadera artista. Y Marian pensó tristemente, con angustia, que quizá estaba en estos momentos enterrada debajo de alguno de los matojos que había plantado ella misma.

Vio salir a la señora Pickers junto al señor Morton.

El señor Morton, al que había visto una sola vez y de lejos, el día anterior, era el administrador del establecimiento. Demasiado viejo para entusiasmarse con unas buenas piernas, podía moverse sin peligro entre aquellas docenas y docenas de muchachas que habían vivido de seducir a los hombres. Ahora iba detrás de la señora Pickers, medio trotando como un perro cojo.

Sin duda se dirigían a la verja del jardín, donde ya se había detenido un coche patrullero.

Marian miró analíticamente en torno suyo. No sabía qué pensar.

Había grandes árboles por todas partes. Había, sobre todo, un árbol muy copudo, de hojas tan espesas que resultaban casi impenetrables, y que estaba en parte pegado a la casa.

¿Por qué le llamó la atención aquel árbol?

¿Por qué pensó en él?

¿Era quizá porque en su casa, cuando era pequeña, había uno parecido? ¿Era porque recordaba la época en que en Brooklyn aún había algunos chalets con grandes árboles, como el chalet en que vivía ella?

Los policías ya habían entrado.

Avanzaban por una de las sendas enarenadas del jardín de Wartmoor para dirigirse al edificio principal.

La señora Pickers y el señor Morton iban con ellos. Miraban discretamente hacia Marian. La muchacha adivinó que estaban hablando de ella.

Era natural. ¿De quién iban a hablar?

Volvió la cabeza.

El árbol, el gigantesco árbol... ¿Por qué le llamaba la atención otra vez? ¿Por qué había vuelto a pensar en él? ¿Por qué?

Sus ojos pasearon por la vieja fachada de Wartmoor.

En lo alto había un saliente de hierro del que colgaba una polea. De esa polea surgía una cuerda muy gruesa, uno de cuyos extremos estaba atado a un garfio de la fachada. El otro se perdía en la espesura de la copa del árbol.

Marian sintió frío en la espalda.

Sintió en la espalda la mano de la muerte.

En aquel momento la señora Pickers y los policías se acercaban a ella. Todos trataban de sonreír para alentarla, como si estuvieran

tratando con una enferma. Pero la mirada de Marian Lane seguía perdida, errante, yendo de sus rostros hacia la cuerda, y de la cuerda al árbol.

—¿Qué van a hacer, señora Pickers? —musitó.

—Buscar a Susan.

—¿Dónde?

—No sé... Nosotros ya hemos mirado en todas partes. Pero esos señores —y señaló a los policías decidirán ahora.

—¿Y esa polea y esa cuerda? ¿Qué hacen aquí?

La señora Pickers miró aquélla con la expresión indiferente de quien ve algo que ha estado viendo durante años, y que además carece de la menor importancia.

—A veces necesitamos entrar muebles por las ventanas —dijo—. Para eso está la polea. ¿Por qué lo preguntas?

Marian dijo con voz helada:

—Porque...

Y no pudo añadir más. Sentía la garra de la muerte en la garganta. Sentía que se ahogaba. Fue hacia el garfio de la pared y deshizo el nudo.

Teóricamente no debía ocurrir nada.

Teóricamente la cuerda no debió bajar, al no haber peso en el otro cabo, el que estaba oculto entre las ramas del árbol.

Pero fue todo lo contrario. Bajó vertiginosamente.

Con el cuerpo de una muchacha atado por los pies, y que había estado hasta entonces oculto entre las hojas.

El cuerpo de una muchacha bañada en su propia sangre...

CAPÍTULO V

Las rodillas de Marian ya habían temblado desde que empezó a adivinar lo ocurrido. Notaba que todo daba vueltas en torno suyo. Pero cuando vio el cuerpo de la muchacha colgando de la cuerda, cuando ante sus ojos apareció aquella visión de horror, ya no pudo resistirlo más.

Trató de correr hacia el interior de la casa.

Estaba como enloquecida.

De su garganta sólo escapaba un sonido gutural, y era incapaz de pronunciar una sola palabra.

Pero uno de los policías creyó que aquello era una especie de fuga.

Se lanzó ágilmente a los pies de la muchacha como un jugador de *rugby* que hace un placaje contrario.

Los dos cayeron por tierra.

Marian gimió:

—¡Déjeme! ¡Déjeme, maldito!

—Demasiado fácil, nena. Sabes tantas cosas que por fuerza has debido tener relación con esto, nos vas a contar lo ocurrido. ¡Todo lo ocurrido maldita!

Para aquel policía las cosas estaban claras: ella era la sospechosa.

Y realmente las cosas nunca son tan sencillas. Pero ya se sabe que cuando la policía tiene un sospechoso, le hince el diente hasta que da con otro sospechoso mejor. Y a Marian Lane no iban a soltarla tan fácilmente.

No supo cómo, pero cinco minutos después estaba en el despacho de la señora Pickers. La habían sentado en una de las butacas tapizadas de piel y le habían dado un ponche caliente para que se reanimase. Pero a pesar de eso, Marian temblaba espasmódicamente, como si estuviera muerta de frío.

La señora Pickers le dijo con cierta amabilidad:

—Por favor, conteste a las preguntas de estos caballeros. Dígales por qué imaginó que nuestra pobre compañera estaba colgada de aquella cuerda.

El policía que antes la había apresado masculló:

—Sí, eso es. Dilo, preciosa. Dilo con música.

—Yo... no sabía nada.

—Pues entonces... ¿cómo lo adivinaste?

—Por la sencilla razón de que era nueva en este lugar —bisbiseó Marian—. Todos los que han vivido aquí durante años han visto esa cuerda durante años también. Yo creo que en algunos momentos ni la veían siquiera. Como no debían ver tampoco aquel árbol tan copudo. Para mí, en cambio, aquello fue una novedad. Lo vi todo en sus exactas dimensiones, tal como era. Y entonces me dije que era el sitio ideal para que a la pobre Susan Albert tardaran varios días en encontrarla.

El policía carraspeó:

—Magnífica explicación... Demasiado magnífica, vamos. Como aprendida de memoria.

—¿No me cree?

—¿Y por qué voy a creerte, preciosa? ¿Quién eres tú, al fin y al cabo? ¿De qué cubículo te sacaron? ¿Qué hacías antes de esto, sino engañar a los hombres?

Marian sintió que las lágrimas saltaban a sus ojos. Con voz poderosa, casi saltando de la butaca, gritó:

—¡Miente!

El otro la empujó sin demasiada fuerza, pero obligándola a sentarse de nuevo.

—No hemos hecho más que empezar, nena. Ten paciencia. Hasta dentro de un par de siglos no sabremos quién ha mentido.

Marian se llevó las manos a los ojos y se puso a llorar. No sabía ni lo que sentía. No era pena; no era nada tal vez. O quizá sólo era miedo, un miedo infinito por lo que le pudiera ocurrir a ella, porque había llegado un momento en que ya no sabía ni lo que existía dentro de su propio cerebro.

La señora Pickers musitó:

—Quizá convendría que la dejaran descansar.

—Tendrá tiempo para descansar —dijo otro de los policías—.

Todo el que le convenga. Pero ahora necesitamos que nos aclare un par de cosas, antes de llevarla con nosotros.

—¿Van a llevársela?

—Es necesario, ¿no?

—Está bajo mi custodia.

—Y no dejará de estarlo —prometió el policía—. Pero hemos de interrogarla.

Marian lloraba silenciosamente.

De vez en cuando un estremecimiento recorría su cuerpo.

Une de los policías le puso la mano en el brazo derecho.

—Hala, vamos.

—No iré con ustedes.

—¿Cómo que no?

—¡No pueden detenerme! ¡No pueden! ¡No puedeeeen!...

Marian Lane estaba a punto de sufrir otra crisis nerviosa. La taza de ponche cayó al suelo. Y en ese momento se oyó una voz en la puerta:

—No, no pueden detenerla. Yo me haré responsable de ella. Y cuando crea que ha superado el *shock* nervioso y esté en condiciones de declarar, se la entregaré a ustedes.

Todos miraron hacia allí. El que acababa de hablar era un hombre joven, pero que ya debía infundir respeto, porque todos le escucharon con la mayor atención. Vestía con una elegancia nada rebuscada. Era rubio y tenía la piel tostada por el sol. Sus dientes se mostraban en una amplia y tranquilizadora sonrisa.

La señora Pickers musitó:

—Doctor Wanton...

—Me ha llamado usted diciendo que tenía un caso difícil y he venido enseguida —explicó él.

—Se lo agradezco mucho. Desde mi llamada las cosas se han complicado bastante. No sé si ha visto lo que...

—Sí. He visto que retiraban un cadáver.

Y miró de soslayo a Marian, de una forma que la señora Pickers entendió perfectamente.

—No, no ha sido ella —susurró—. Ella lo descubrió solamente.

—Ha debido ser una prueba terrible para esa pobre muchacha.

En los ojos nublados de Marian brilló como un rayo de esperanza.

Al menos aquel hombre tenía una voz suave y convincente. Y parecía querer ayudarla.

La verdad fue que en aquel momento no se dio cuenta de si era joven o viejo, guapo o feo. Lo único que importaba para ella eran su expresión conciliadora y su voz bondadosa. Echó un poco la cabeza hacia atrás, descansándola en el respaldo, y le miró fijamente.

—El doctor Wanton nos ha resuelto muchos problemas —dijo la señora Pickers—. Comprenderá que aquí hay una gran cantidad de muchachas que sufren alucinaciones y crisis nerviosas. Él es un auténtico especialista.

—¿Puedo hacerle unas preguntas? —susurró Wanton, mirando a Marian con una sonrisa.

Ella asintió.

La verdad era que Wanton tenía una sonrisa de las que convencían. Tal vez esa sonrisa sólo le sirviera para engañar, pero la verdad era que de momento se adueñaba por completo del espíritu de la muchacha que tenía enfrente.

—Quizá nos remontemos a tiempos que le parecerán muy lejanos —susurró Wanton sentándose frente a ella—, pero será necesario. ¿Tiene inconveniente en que estas personas, incluyendo los policías, se queden aquí?

—No, no tengo ningún inconveniente. Al contrario. Me gustará que me oigan para darse cuenta de que yo no he tenido ninguna intervención en todo esto.

Wanton le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó con manos temblorosas. Luego puso en funcionamiento un pequeño magnetófono que llevaba en su cartera.

Hablaron de muchas cosas que quizá no tenían importancia, por lo lejanas que ya eran, pero que él escuchaba con el mayor interés. Hablaron de la infancia de Marian Lane. De su casa. De su ambiente.

—¿Sus padres eran ricos?

—No. Al principio no lo fueron. Pero luego mi padre llegó a ganar una tremenda fortuna.

—Me ha dicho que era arquitecto, ¿verdad?

—Sí. Fue más famoso en Europa que en Estados Unidos. Trabajó para casi todas las grandes potencias, construyendo fortificaciones militares y diseñando edificios a prueba de bombas. Le pagaban

muy bien. Cuando murió en accidente, su fortuna podía evaluarse en unos doce millones de dólares.

Wanton lanzó un silbido.

—Entonces usted era una de las muchachas más ricas de América...

—Pues sí. Realmente lo era. Vivíamos en Brooklyn en un magnífico chalet y teníamos otras muchas comodidades.

—¿Cuál es su fortuna ahora, Marian?

Ella rió tristemente.

—Creo que debo tener unos tres mil dólares en el Banco. Eso es todo.

—¿Qué se hizo de la fortuna de su padre? ¿En qué la malgastó?

—Yo no he gastado nada —musitó Marian.

—Pues entonces, ¿cómo se explica?

—Mi padre había estado enamorado desde niño de una mujer con la que al final no llegó a casarse. La vida les separó por una serie de razones, hasta que al final volvieron a encontrarse. Pero entonces mi padre estaba casado y yo había nacido. Creo que aquel amor fue tumultuoso y apasionado. Fue amargo y al mismo tiempo terriblemente intenso. La otra mujer se llamaba Carola. Mi padre y ella se veían en secreto, pero nunca se supo dónde. Mi madre llegó a pagar a docenas de detectives para que lo averiguaran. Y nunca se averiguó nada.

—Es sorprendente. ¿Pero eso qué tiene que ver con el dinero?

—Mucho. Para tener apaciguada a mi madre, papá le compraba fabulosas joyas, que eran su debilidad. Y brillante o zafiro que compraba a mamá, se lo compraba también a Carola. Yo creo que llegó a invertir en eso hasta diez millones. Ambas eran las dos mujeres más enojadas de Estados Unidos. Mi padre aún era joven y no sentía inquietud por el dinero. Pensaba que tenía tiempo de ganar más. Un día tuvo el capricho de poner a Carola todas las joyas: las suyas y las de mamá. Al menos eso fue lo que le oí gritar en una discusión terrible que tuvo con mi madre. Se llevó las alhajas prometiendo que las traería al día siguiente. En efecto, alguien vio a Carola, dos horas más tarde, en una exhibición de modas de Nueva York, luciendo más joyas que la mismísima Begum. Y doce horas más tarde mi padre moría en accidente de automóvil.

—¿Dónde murió?

—Pues... concretamente en Alabama. No lejos de aquí.

—En doce horas, ¿cómo llegó en coche desde Nueva York hasta este lugar?

—No vino en coche. Después del desastre supimos que había hecho el viaje con Carola en avión. El coche era alquilado. Pero cuando sufrió el accidente iba solo. Eso es seguro.

—¿Y Carola?

—Se perdió su rastro por completo. Lo perdimos a pesar de contratar a una auténtica legión de detectives. La policía también la buscó. Mamá la había denunciado, diciendo que el accidente había sido provocado para quedarse con las joyas. Pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. Intervino la Interpol por si estaba en el extranjero. Y nada.

—¿Y las alhajas? ¿Desaparecieron también?

—Casi cincuenta millones de dólares... —musitó Marian—. La cifra le puede parecer asombrosa, pero es cierta. Casi cincuenta millones. Una de las mujeres más enjoyadas del mundo desapareció con todo lo que llevaba encima. Inútil es que le diga las gestiones que mamá hizo, hasta que murió. No quedó un rincón del mundo por cribar. Y siempre la policía nos dijo que el hecho era inexplicable.

El que antes había interrogado a Marian susurró:

—Cierto... Un hecho inexplicable. Ahora recuerdo ese asunto. Todos los joyeros del mundo fueron vigilados, porque se tenía la seguridad de que las alhajas aparecerían algún día. Entre ellas había algunas piezas únicas e inconfundibles. Pero nada. No apareció nada. Y eso es completamente absurdo, porque casi cincuenta millones en joyas no se tienen enterrados durante más de quince años.

Marian abrió los brazos tristemente, con un gesto de impotencia.

—Ésa es la situación —terminó—. Al morir mi madre, yo no tenía más que lo necesario para acabar mis estudios y pagar la hipoteca de la casa. Luego me inscribí en la Liga de los Derechos Civiles y me encargaron un informe sobre la prostitución forzosa de algunas mujeres negras en Alabama. El resultado ya lo ven. He venido a parar aquí.

Wanton la escuchaba con atención, pero sus facciones seguían

imperturbables.

En cambio los policías ya miraban a la chica de otra manera.

Es curioso lo que ocurre con eso del dinero.

Bastaba con que supiesen que ella podía haber sido una de las herederas más ricas de América para que ya no les pareciera ni pizca de sospechosa.

Marian no podía seguir hablando.

Se notaba que estaba agotada.

Sus nervios, después de lo sucedido, ya no podían resistir ninguna tensión más.

Wanton lo notó y dijo:

—Quizá será mejor que continuemos hablando mañana. Ahora te conviene descansar.

La trataba con la mayor naturalidad, como si se hubieran conocido durante toda la vida.

Marian asintió.

Era curioso. Aunque pensaba que aquel hombre sólo pretendía sonsacarla, se sentía mucho mejor junto a él.

La señora Pickers insinuó:

—Podría retirarse a la enfermería. Y le aplicaríamos un calmante.

—No hay inconveniente —musitó Wanton—. Un calmante suave.

La muchacha salió. Sólo la señora Pickers la escoltaba.

Avanzaron por un pasillo que se iba tiñendo ya de sombras. El edificio, mal iluminado, tenía recodos realmente siniestros. La señora Pickers, que conocía aquello muy bien, avanzaba maquinalmente.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, señora Pickers?

—Unos cinco años.

—¿Nunca ha pedido que reformaran este edificio?

—¿Por qué?

—Tiene detalles siniestros.

—Eso es cierto —reconoció la directora—. Un par de veces he insistido para que hiciesen reformas, pero siempre alegan que no hay presupuesto. De todos modos, hará unos dieciocho años, se llevó a cabo una transformación importante. No había apenas servicios sanitarios, ni ventanas ni jardín. Todo eso se arregló.

Y dejó de mirar a Marian, mientras miraba hacia el pasillo solamente.

De pronto palideció.

Marian no supo lo que le ocurría.

Pero no pronto tuvo la sensación de que ya no estaba con la señora Pickers West. De que aquella mujer era distinta.

La vio pararse, llevarse las manos a la boca. La vio con los ojos desencajados. Notó que temblaban sus rodillas.

—¿Qué le pasa, señora Pickers? ¿Qué ocurre?

La otra, sin retirar las manos de su boca, dijo unas palabras que no tenían sentido:

—Es la marca... —balbució—. La marca del diablo.

CAPÍTULO VI

Marian contempló el punto de la pared hacia el que miraban los ojos desencajados de la señora Pickers.

Aparentemente no había allí nada que llamara la atención. Sólo unos dibujos que alguien había hecho con la uña en la pared. Eran unos dibujos muy extraños y muy elementales. No se sabía muy bien lo que representaban, pero podía ser una muñeca.

La señora Pickers había necesitado apoyarse en la pared.

Miraba aquello con ojos desencajados.

—¿Pero qué ocurre? —musitó Marian, que no podía entenderlo—. ¿Qué significa ese dibujo?

—Tú no lo entiendes.

—No; de verdad que no lo entiendo.

—Fue una cosa que ocurrió cuando yo entré aquí. Una cosa que no olvidaré nunca.

Marian preguntó con mi soplo de voz:

—¿Qué cosa?

—Una de las celadoras se volvió loca. Era una mujer delgada, casi huesuda, ya bastante vieja. No recuerdo muy bien cómo se llamaba... Ah, sí, la señora Manfred. Pues bien, la señora Manfred enloqueció. En una sola noche mató a dos chicas de las que teníamos aquí recluidas.

Marian también había palidecido.

Se daba cuenta de la importancia que aquello podía tener.

Y miraba aquellos garabatos en la pared como si fueran el signo que lo aclaraba todo.

—¿Mató a dos chicas? —balbució—. ¿Con qué?

—Con un hacha.

Marian Lane sintió también que las rodillas le temblaban, pero al mismo tiempo —cosa curiosa—, se sintió aliviada. Porque aquel peligro externo —el peligro que podía representar la señora

Manfred—, le devolvía las energías otra vez. Porque la necesidad de defenderse hacía que se sintiera mejor, disipando de una vez sus terribles dudas.

La voz de la señora Pickers parecía llegar desde muy lejos, mientras seguía hablando.

—Encontramos sus cadáveres en sitios casi inverosímiles — balbució—, como ahora hemos encontrado el de Susan Albert. Los había casi decapitado. Y por cada una de las muertes dibujó con su uña; en la pared... una muñeca como ésa.

Marian se acercó a la pared.

—¿No podría ser una de aquellas muñecas? —musitó—. ¿Es decir dibujada entonces?

—No, porque estaban las dos juntas. Además la pared ha sido pintada varias veces en los últimos años. ¿Y no te das cuenta de que acaba de ser trazada con una uña? Mira... aún hay pintura en el suelo...

En efecto, lo que decía la señora Pickers era verdad. Se notaba el polvillo de la pintura al ser rascada.

Marian no supo por qué preguntaba aquello. Pero lo preguntó:

—¿Dibujó la muñeca antes o después de matar?

—Antes...

—¿Y qué pasó con la señora Manfred?

—La juzgaron y la sometieron a observación psiquiátrica. Como sus crímenes no tenían explicación, los médicos dijeron que estaba loca. Y ciertamente lo estaba. La llevaron a un manicomio para el resto de su vida y nos olvidamos de ella... a pesar de que juró que volvería.

—Y ha vuelto.

La señora Pickers apretó los labios.

—Todo esto ha sido terrible —dijo—, pero tiene algo de bueno: sabemos quién ha matado a la pobre Susan. Avisaré a la policía y pronto detendrán otra vez a la señora Manfred. Esta pesadilla terminará.

—¿Qué hará con nosotros? —balbució Susan.

—No lo sé. Todas corréis peligro.

—¿Nos sacarán de aquí?

—No lo creo. Cada una será encerrada en su habitación. Con eso habrá suficiente.

Marian sintió que sus labios temblaban.

—No quiero volver allí —dijo—. No quiero volver de ninguna manera.

—Está bien. Hay otras habitaciones libres. Te cambiaremos.

—¿No tienen aquí una capilla?

—Sí. ¿Por qué?

—Me sentiría mucho mejor si rezara un poco.

—Puedes hacerlo, naturalmente. La capilla está al final de este corredor, tras aquella puerta. Pero hemos de arreglarla. Empezaron una reparación hace tres meses y aún no la han terminado.

—Gracias, señora Pickers. ¿Adónde voy luego?

—Puedes volver por aquí mismo a mi despacho. Entonces te destinaré una nueva habitación.

Y la señora Pickers se alejó. Parecía tener interés en dar cuenta a la policía de lo que acababa de descubrir, como no era para menos. Cualquier otra cosa carecía de importancia.

Marian Lane llegó hasta la puerta que le habían indicado.

La capilla era un amplio recinto oscuro y algo siniestro. Había imágenes por los suelos, botes de pintura, escaleras y bancos a medio reparar. Todo estaba lleno de rincones y de ángulos sombríos en los que la vista no llegaba a penetrar. En el altar, ni una luz. Todo aquello tenía un aspecto provisional y que no recordaba para nada el de una capilla como Marian la había imaginado.

La muchacha se detuvo allí.

No le gustaba aquel sitio.

Pero se sentía invadida por una inmensa calma.

Sus pensamientos parecían flotar allí. Ninguno de sus males tenía ya importancia. Pensaba en la pobre Susan. Ella al menos estaba viva. ¿De qué podía quejarse? Pronto saldría de allí. Pronto se arreglaría todo.

Mientras pensaba en eso, se iba sintiendo más y más calmada.

Pero entonces llegó hasta ella aquel pensamiento venenoso.

«Imaginemos que a Susan no la ha matado la señora Manfred».

»Imaginemos que lo ha hecho otra persona.

»E imaginemos que la señora Manfred ha dibujado una muñeca antes de matar».

»Eso significa que podría matar... ¡ahora!».

Marian escrutó en torno suyo.

Nada se movía.

Todo estaba en silencio, en calma.

Lleno de imágenes colocadas verticalmente en el suelo. Algunas tan altas como una persona. Imágenes que a Marian no le recordaban ningún santo.

Terriblemente quietas.

Excepto aquélla.

Aquella que estaba al fondo de la capilla, muy lejos de la mirada de Marian, y que se deslizó sobre el suelo casi sin tocarlo, como si tuviese unos silenciosos patines en los pies o como si volara.

Aquella figura tenía las manos a la espalda.

Por eso Marian no pudo ver el hacha que ocultaba con su cuerpo.

La muchacha avanzó hasta el altar. Todo daba sensación de destrucción y de caos. Buscó inútilmente allí alguna imagen o alguna inscripción conocidas.

Marian se sentía lejos del mundo, lejos de sus propias inquietudes. La calma se había adueñado de ella hasta tal extremo que no oía nada. Se sentía bien. Y no percibió el suavísimo roce que llegaba por su espalda.

Una figura huesuda, descarnada, se acercaba poco a poco. Iba vestida de negro. Aquel vestido le llegaba hasta los pies. Era una mujer sin edad, una especie de momia que podía tener cincuenta años o doscientos.

Pero conservaba toda su agilidad y su fuerza.

Sus brazos eran nudosos, y sus manos recias. Hacía oscilar el hacha como quien hace oscilar una caña. Sus ojos, pequeños y duros, destilaban odio.

De pronto lanzó un grito agudo, metálico, una especie de chirrido que parecía surgir del roce de varias juntas de hierro.

Mientras tanto dejó caer el hacha.

Su golpe fue fulminante, seco.

El filo del hacha fue directamente a la nuca de Marian, para partirla en dos.

Pero Marian tenía unos reflejos con los que la vieja no contaba. En el momento de oír aquel grito, todo su cuerpo brincó. Quizá, en el fondo, ya esperaba algo de aquello y estaba alerta. Salió despedida por los aires e inmediatamente rodó por el suelo. El

hacha partió en dos el respaldo del banco en que había estado apoyada Marian.

Ésta vio entonces a la señora Manfred.

Sus ojos se desencajaron de horror.

No podía ni gritar. Pero su instinto le ordenó lo que debía hacer, y se movió a tiempo. El hacha, en su segundo golpe, trazó un salvaje corte en el *parquet* del suelo.

Y entonces un grito lacerante, un grito penetrante, angustioso, partió de la garganta de la muchacha.

Aquel grito pareció desconcertar a la señora Manfred. Quizá estaba acostumbrada a que sus víctimas murieran en silencio. O quizá pensó que iba acudir alguien, cosa que no entraba, en sus cálculos. El caso fue que dio un salto hacia atrás y desapareció. Fue algo increíble, casi mágico, o al menos así se lo pareció a Marian. Se esfumó tan rápidamente como había surgido.

En aquel momento uno de los policías uniformados apareció en la puerta.

Llevaba el revólver en la mano derecha.

Lo primero que vio fue a Marian tumbada en suelo. Lo segundo que Marian tenía unas preciosas piernas.

Eso le detuvo unos momentos. Hizo que pusiera unos ojos encandilados, hasta que se dio cuenta de que estaba allí para algo mejor que para alegrar la vista.

Se lanzó hacia Marian.

—¿Qué ha ocurrido?

—La señora Manfred.

Por lo visto el policía ya sabía quién era la señora Manfred. Seguro que se lo acababan de decir. Con la mirada preguntó a la muchacha si estaba bien.

—Gracias a Dios sí... Me he salvado por centímetros.

—¿Por dónde ha huido?

—Por allí.

Marian señaló el lugar por el que acababa de escapar la bruja.

Era un pasillo tortuoso, un verdadero laberinto lleno también de imágenes, de lienzos, de escaleras utilizadas por los albañiles en otro tiempo. Como no había allí ventanas, no había tampoco más luz que la que enviaban unas bombillas amarillentas. El revólver del policía encañonó en todas direcciones.

En Estados Unidos, y sobre todo en el Sur, los agentes de la ley suelen darle gusto al dedo con mucha alegría. No es para menos, porque las bandas a las que se enfrentan también suelen ser mortíferas. Aquel tipo estaba dispuesto a acabar en cuestión de segundos. En cuanto viese una sombra que se moviera... ¡al diablo!

Marian iba tras él.

—¿Cómo va vestida esa mujer? —preguntó el policía.

—Lleva un vestido negro hasta los pies. Su edad es indefinible... Parece una momia.

—¿Dónde puede haberse ocultado?

—No lo sé... Aquí hay muchas imágenes y muchos... muchos...

El policía masculló de pronto:

—¡Allí!

Se veía, en efecto, como si un vestido negro se moviera al fondo del pasillo, allí donde las tinieblas eran casi impenetrables.

El policía disparó dos veces, mientras corría hacia adelante.

Los disparos resonaron una y cien veces en el pasillo, haciendo incluso que algunas imágenes se tambalearan.

Marian había quedado quieta.

Petrificada por el horror.

Porque se daba cuenta de que aquello era una trampa. Porque se daba cuenta de que la señora Manfred había colocado un lienzo negro en el pomo de la puerta que había al fondo del pasillo, sabiendo que esa puerta oscilaba a causa del viento y podía dar la sensación de una persona que se movía.

Pero la señora Manfred... ¡estaba allí!

¡Detrás de una de las imágenes!

¡Con el hacha preparada!

—¡Cuidado! —gritó Marian—. ¡Cuidado!

No llegó a tiempo de evitar nada.

El hacha cayó como una exhalación sobre la mano armada del policía.

Marian no recordaba haber visto jamás una cosa tan horrible.

El policía hizo un gesto de dolor terrible. Quedó desconcertado. Apoyado en la pared.

Pero la señora Manfred seguía con el hacha.

El policía miró hacia ella.

Sus ojos se habían desencajado de horror. Hizo un inútil gesto

de defensa, un gesto que no evitaba nada, que ya no salvaba nada.

¡Sssssggggsss!

El hacha voló al encuentro de su víctima. La cabeza del policía pareció estallar.

Marian tenía los pies clavados en el suelo.

Se dio cuenta de que no podría huir. Estaba como hipnotizada. Le faltaban las fuerzas incluso para mover un dedo.

Eso era la muerte.

No podía defenderse de la próxima embestida de la siniestra señora Manfred.

Pero ésta parecía cansada también. O, mejor aún, parecía extasiada. Contemplaba a su víctima como el que contempla una obra de arte bien acabada y bien hecha. No miraba nada más. Para ella, aquél era un espectáculo embriagador, digno de dedicarle todas las energías y todas las horas del día.

Ésa era la única oportunidad que tenía Marian, y la muchacha supo verla. Empezó a retroceder poco a poco, de puntillas. La señora Manfred seguía sin verla.

Marian llegó hasta la puerta.

Y entonces echó a correr como una loca, tropezando con las imágenes, derribándolas, chocando con todo, hasta que chocó al fin con algo que se movía, con algo que estaba vivo. Su cuerpo pareció estrellarse contra el pecho del doctor Wanton.

Y entonces Marian se dio cuenta de que no podía más. Sus ojos se nublaron. Todo empezó a dar vueltas en torno suyo.

Y cayó suavemente a tierra como una muñeca destrozada.

CAPÍTULO VII

La habitación era distinta de la que ocupó la primera vez. Parecía más amplia. Así como en la otra había dos literas, en ésta se distinguían dos camas completas, una de las cuales ocupaba Marian. La luz de una pantalla daba a todo aquello un ambiente íntimo. Hasta había un alegre cuadro en una de las paredes. Seguro que en aquel reformatorio no tenían ninguna otra habitación tan alegre.

Además Marian no estaba sola.

Por la habitación se movía otra chica que iba vestida con un pijama blanco, exactamente como ella. Debía ser ya de noche, porque por la ventana no se divisaba más que una masa negra. La otra chica era joven y alegre, y sonrió enseguida a Marian.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Mejor. ¿Qué me han hecho?

—Te han dado un calmante.

—Ha debido ser muy fuerte, ¿no? Creo he estado muchas horas dormida.

—Imagínate... ¡Es medianoche!

—¿Y por qué me han dado un calmante tan fuerte?

—Estabas muy mal. Los nervios destrozados, ¿sabes? Creo que te van a hacer un tratamiento completo a base de calmantes. Acabarán curándote, pero lo peor es que durante un tiempo quizá sufras alucinaciones.

Marian se llevó dos dedos a la frente. Iba sintiéndose mejor cada vez, por suerte para ella. Y también sentía una gran calma.

Pero al recobrar la lucidez, sus pensamientos volvían a atormentarla. Una serie de sombríos presentimientos no la dejaban vivir.

—Supongo que capturaron a la señora Manfred —musitó.

Y aguardó anhelante la respuesta.

—No, no la capturaron —dijo la otra muchacha, con una

sorprendente despreocupación—. Por cierto, me llamo Molly.

—Yo me llamo Marian Lane.

—Ya lo sabía.

—¿Dices que no han capturado a la señora Manfred? ¿Cómo es posible?

—¿Y por qué habrían de capturarla? Conoce todos los recovecos de esto mejor que nadie. Es una mujer astuta como un zorro. No va a ser fácil que den con ella, ¿sabes? Aunque lo están intentando por todos los medios. Mira.

Y le señaló la ventana.

Marian se incorporó, movida por la curiosidad.

Todo el exterior del edificio estaba rodeado de coches patrulleros. Había más policía que en una redada de los barrios bajos de Los Ángeles. Docenas de focos habían sido instalados de manera que no quedara ni un ángulo de sombra por iluminar. Todo aquello recordaba un gigantesco escenario, un monumental plato de cine.

—Están haciendo una criba sistemática —dijo Molly—. Todos esos coches y todos esos focos están para que ella no pueda huir del edificio, para que esté acorralada aquí dentro. Mientras tanto docenas de agentes, con perros policía, registran hasta el menor recoveco. Seguro que darán con ella. Ya verás cómo dentro de una hora esa mujer está entre rejas. La Manfred no tiene ninguna posibilidad de huir.

Y ambas se alejaron de la ventana.

Marian se dejó caer en la cama de nuevo.

Se sentía terriblemente debilitada, terriblemente hundida.

Y no supo por qué dijo aquello.

Pero se sorprendió de su propia voz al susurrar:

—No la encontrarán.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que no han de encontrarla?

—No lo sé.

Marian se inclinó levemente sobre ella.

—No has dicho eso porque sí. Supongo que te referías a algo.

—Esa mujer tiene recursos. Logrará huir.

—¿Pero dónde va a ocultarse? Dime... ¿dónde? —Y Molly se acercó más a ella. En sus ojos brillaba una chispita de interés. Molly tenía los ojos duros, penetrantes y pequeños.

—¿Dónde? —insistió—. ¿Dónde?

—Bah, déjame... —susurró Marian—. Estoy terriblemente cansada.

Y se volvió de espaldas para dormir de nuevo.

Los efectos del calmante aún perduraban en ella.

No tardó en quedar dormida.

Despertó no mucho rato después. Todo estaba tranquilo. En la habitación seguía brillando la luz de la pantalla y seguía viéndose el alegre cuadro. Molly continuaba sin acostarse. Ahora se dio cuenta Marian de que había allí un mueble más, un mueble que en aquel reformatorio resultaba casi inconcebible. Se trataba de un tocador, delante de cuyo espejo Molly se estaba repasando la cara con crema.

Marian Lane aún se hallaba sumida en esa especial duermevela en que las cosas concretas parecen difuminadas, en que una no sabe distinguir bien lo que existe de lo que no existe. Balbució:

—Ese tocador no estaba ahí.

Molly se volvió bruscamente.

—¿Qué dices?

—Digo que el tocador no estaba ahí. Estaba en la habitación rosa.

Molly se puso en pie casi de un brinco.

En sus ojos había curiosidad, pero no sólo eso, había excitación y miedo.

—¡Oye, Marian!

Pero Marian ya tenía los ojos cerrados otra vez. Daba la sensación de que se había despertado bruscamente, en una especie de acceso. Pero ahora, rendida por la inyección calmante, tenía de nuevo los ojos cerrados.

Molly la zarandeó.

—¡Eh, tú! ¡Oye! ¡Oye! ¡Despierta!

Ahora Marian volvió a abrir los ojos pesadamente.

Su expresión era de ausencia.

Parecía no recordar absolutamente nada de lo que había dicho en el minuto anterior.

—Marian —preguntó Molly—. ¿De qué tocador hablabas?

—De uno que... ¿Pero por qué lo preguntas? ¿Y qué hace un tocador aquí?

—Las dos tenemos derecho a usarlo.

—Pero yo creí que en este lugar estaban prohibidos —bisbiseó Marian.

—Lo están. Están prohibidos en todo el reformatorio, porque lo que aquí quieren es que nos hagamos viejas y feas. Pero nosotras no nos encontramos en una habitación corriente.

—¿No?

—Estamos en una de las habitaciones destinadas para las celadoras. Como estaba vacía, la señora Pickers te ha instalado aquí. Ha pensado que así estarías más alegre.

—¿Y a ti? ¿Por qué te ha traído?

—Yo he venido para hacerte compañía. La soledad es lo peor que existe. Pero me está extrañando todo lo que dices, Marian.

—¿Qué he dicho?

—Lo del tocador.

Marian se pasó una mano por la frente.

Recordaba las cosas de una forma confusa, tan confusa que llegaba a sentir pinchazos en el cerebro.

Un tocador...

Sí, ella había hablado de un tocador.

—En una habitación rosa —se encargó de refrescarle la memoria Molly—. Tú has dicho que el tocador no estaba aquí, sino en la habitación rosa.

Marian Lane cerró los ojos.

Sentía aquel dolor de cabeza tenaz, tenaz, insoportable, insoportable.

—Habla —exigió Molly—. ¿Por qué has dicho eso? ¿Qué significado podía tener?

—No lo sé.

—Pues, la verdad, no creo que seas una visionaria. Tú dices las cosas por algo.

—Te lo suplico... Déjame en paz.

—¿No has estado nunca aquí?

—Jamás.

—Oye, voy a decirte una cosa; tú no eres como nosotras.

—No me gustan vuestras «actividades» ni creo que sean las más adecuadas para nuestra edad —bisbiseó Marian—, pero, en fin, ya sé lo que quieres decir. No soy lo que parece. Jamás he vivido de

los hombres.

—¿Pues entonces por qué estás aquí?

—Me atraparon por equivocación en una redada.

—Vaya... Eso lo decimos todas. ¿Pero no habrás venido aquí a buscar algo? ¿No habrás venido por otra razón?

—¿Por qué dices eso?

—Tú sabes muchas cosas de Wartmoor que nosotras no sabemos.

—En realidad no sé nada... Es una tontería. Olvídalo.

—¿No habías estado nunca aquí?

—Jamás.

—¿Ni siquiera en Alabama?

—Ni siquiera en Alabama.

—¡Pues también es casualidad! Tiene gracia lo que ocurre. Y te diré que a ti no hay quien te entienda, nena.

Marian volvió la cabeza.

Se sentía abrumada otra vez. Casi mareada.

—¿Aquí no hay cuarto de baño? —murmuró.

—No. ¿Por qué?

—Me sentaría bien una ducha.

—Las tienes al otro lado del pasillo. Si quieres te acompaño.

—Sí. Te lo agradeceré.

Molly abrió un armario empotrado y sacó una gran toalla, que dio a Marian. Ésta, en pijama y zapatillas, caminó detrás de su compañera.

El pasillo era tan largo, tan penumbroso y siniestro como todos los de Wartmoor.

Parecía no ir a terminarse nunca.

Molly le había dicho: «Al otro lado del pasillo».

Pero... ¡diablos, aquello no terminaba nunca!

Entonces doblaron un recodo.

Llegaron a un pasillo mucho más corto.

Y allí, Marian se detuvo.

Una especie de música parecía sonar en su interior.

Una música lejana, siniestra.

Era una música que llegaba no sabía de dónde, quizá de las profundidades de sí misma.

Bisbiseó:

—El tocador tenía que estar ahí.

Molly se detuvo de pronto.

—¿Dónde?

—Ahí.

Y señalaba las paredes del estrecho pasillo como si éstas fueran algo imaginario, algo que realmente no existiese.

Molly balbució:

—¿Ya sabes lo que dices?

—Sí. Que el tocador estaba ahí.

—¿Te refieres al de la habitación rosa?

—Sí, exacto. Al de la habitación rosa.

—¿Y dónde está esa habitación?

—No lo entiendo. Tenía que estar aquí.

Molly la contempló con expresión medio burlona, como si estuviera contemplando a una visionaria.

—Oye, nena, ¿tú sabes la antigüedad que tiene esto?

—Me dijeron que lo habían construido durante la guerra civil.

—Justo. Hace ciento y pico de años. Nada menos, ¿sabes, preciosa? Y si tú estás enterada de lo que había entonces aquí, es para creer que has vivido dos vidas.

—Tienes razón —dijo Marian.

Se sentía absolutamente aturdida.

No sabía si estaba allí o en otro sitio. La sensación de irrealidad se le hacía angustiosa, insufrible.

Molly le dio un cachetito en la mejilla.

—Vamos, ánimo... Yo estoy aquí para ayudarte. ¿Cómo ha empezado todo? ¿Me dirás cómo ha empezado todo?

—Con una música.

—Ah, diablos, con una música.

—¿No me crees?

—Sí, claro que te creo. ¿Pero de qué música hablas?

—Una que sonaba casi siempre.

—¿Dónde? ¿Aquí?

Y Molly lanzó una carcajada.

No se sabía si se estaba burlando o no. Pero lo cierto fue que la carcajada sonó siniestra en el silencio del corredor.

—Bueno, preciosa, ya me explicarás entonces cómo sonaba —dijo al fin, cuando hubo terminado de reír.

—Había un altavoz.

—¿Un altavoz?

—Sí. Y la música sonaba muy fuerte. Para mi gusto, demasiado fuerte.

Molly miró con atención a su compañera.

Ésta tenía los ojos iluminados por dentro. Como los de una visionaria.

No se sabía por qué, pero eran unos ojos que infundían respeto. Despedían una mirada con la que no se podía bromear.

—¿Y dónde estaba el altavoz? —preguntó Molly, cada vez con mayor interés.

—Ahí.

Señaló un ángulo de la pared.

Era un rincón junto al techo, que como todos los de Wartmoor había sido pintado un par de años antes. No se veía allí ni la sombra de un altavoz. Pero Marian balbució:

—¿Quieres hacerme un favor?

—Claro —dijo Molly.

—Tengo mucha fuerza. Sube sobre mis hombros y yo te izaré. Entonces palpa junto al techo, en ese ángulo que te digo.

—¿Pero qué esperas que encuentre?

—Tal vez nada. De todas formas, míralo.

Y se puso en cuclillas, para que la otra pudiera encaramarse sobre sus hombros.

Gracias a la libertad de movimientos que les daban los pijamas, pudieron efectuar la maniobra. Marian Lane demostró tener mucha fuerza para, estando en cuclillas, poder ponerse del todo vertical con su campanera encima. Ésta se apoyó bien en las paredes para no caer. Palpó el ángulo indicado.

Y sus dedos rozaron entonces algo. Eran unos hilos eléctricos cortados, unos hilos que también tenían pintura encima, por lo cual se confundían con la pared. No había duda de que en otro tiempo estuvieron conectados a un altavoz. Además, rascando la pintura, se advertía la sombra de éste.

Molly se llevó las manos a la boca.

Y se olvidó de todas las precauciones.

Cayó hacia atrás, mientras Marian hacía toda clase de esfuerzos para sostenerla.

Pero aun así se hubieran roto las dos la crisma de no caer en los

brazos de alguien.

Los brazos de un hombre.

CAPÍTULO III

El hombre pudo recogerlas a las dos, haciendo un alarde de agilidad y fuerza. Lanzaron un chillido y quedaron quietas, sintiendo que sus corazones latían aceleradamente.

Marian fue la primera en recuperarse. Creyó al principio que el hombre que las había sostenido era uno de los policías que registraban la casa.

Era un tipo joven, alto, bien plantado, que tenía un cierto parecido con el doctor Wanton. Pero quizá contaría un par de años menos que éste.

El hombre balbució:

—¿Qué les ha ocurrido? ¿Buscaban nidos de pájaros en el techo? Marian, aterrada, se llevó las dos manos a las sienes.

—Por favor, no pregunte nada —musitó—. No pregunta nada aunque sea de la policía.

—Es que no soy de la policía. No, nada de eso. Yo soy compañero del doctor Wanton.

—¿Aún sigue el doctor Wanton aquí?

—Sí. Parece que tiene preocupaciones con la chica que... ¡Dios santo! ¿No será usted esa chica?

—Me temo que sí —suspiró Marian.

—La hubiera reconocido enseguida. Me dijo que usted era guapa, rubia, joven...

—Y enferma —terminó Marian.

—Todos estamos enfermos alguna vez —dijo el hombre, quitando importancia al asunto.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el doctor Bigam. Pero todo el mundo me llama Big.

Marian se iba sintiendo mejor, no sabía por qué. Quizá era porque la mirada limpia de aquel hombre infundía confianza. Pero de todos modos se mantuvo en guardia, porque sabía que la mirada

limpia y tranquilizadora es una de las armas que los psiquiatras emplean para engañar al paciente y conducirlo por dónde ellos quieren.

—Dígame, Big. ¿El doctor Wanton le ha llamado?

—No. He venido a buscarlo yo a él, porque tiene mucho trabajo fuera de aquí. Pero me ha dicho que está preocupado y que no puede irse ahora.

—Comprendo. Entonces, si usted también se queda, serán dos contra mí, ¿verdad?

—No sé por qué dice eso. No somos dos contra usted, sino todo lo contrario: dos para ayudarla.

—Ojalá fuera verdad, pero...

Big, con aquella voz tranquilizadora que parecía no dar importancia a las cosas, hizo otra pregunta.

—De verdad, ¿qué buscaban aquí?

—Ella dijo que en otro tiempo hubo aquí un altavoz —susurró ahora Molly—. Y, en efecto, lo había.

Big la miró con curiosidad.

—¿Cómo pudo saberlo? Aunque sólo he estado unos minutos con el doctor Wanton, me ha dicho que usted no sólo no había visitado nunca esto, sino ni siquiera Alabama.

—Es cierto. Jamás estuve aquí.

—¿Entonces cómo es posible que...?

Marian se había llevado de nuevo las manos a las sienes.

Toda la cabeza le zumbaba.

Sus ojos extraviados ya eran incapaces de mirar a ninguna parte, eran incapaces de tener la fijeza de una persona normal.

—Por favor, déjeme... —balbució—. Le juro que no puedo más.

—No pasa usted por muy buen momento, que digamos.

—Compréndalo... Siento una especie de náusea. Tengo la sensación de que voy a caer al suelo de un momento a otro.

—Entonces será mejor que descanse. Mañana hablaremos con usted. ¿Qué habitación le han destinado?

—Una que hay en el pasillo que empieza detrás de aquel recodo.

—¿Está sola?

—No. Con esta compañera.

—Será mejor que duerma sola por esta noche —susurró Big—, y que descanse todas las horas que le sea posible. Supongo que su

compañera podrá dormir en cualquier otra parte.

—Sí —dijo Molly, de mala gana.

—La acompañaré.

Los tres avanzaron por el pasillo, que seguía tan silencioso y tan lleno de sombras como antes. Cuando estuvieron en la habitación de Marian, Big le señaló la cama.

—Por favor, acuéstese y piense sólo en dormir. Yo me encargaré de que su compañera esté también bien atendida.

Y dejó sola a Marian, cerrando la puerta.

Marian se había tendido en la cama de nuevo. Las sienes le zumbaban aún. Sus ojos estaban vidriosos.

Oía el silencio como una serie de profundas campanadas dentro de su cráneo.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para cerrar los ojos, pero al fin lo consiguió. Y hasta el sueño llegó de nuevo.

Todo era dulce, lejano, lejano, lejano...

Hasta que oyó aquel chirrido frente a sí. Aquel sonido de la puerta que se abría poco a poco.

CAPÍTULO IX

Marian Lane se incorporó, sentándose en el lecho, con los ojos desencajados por el miedo.

Su primer pensamiento fue clarísimo: la señora Manfred había logrado desorientar a los policías. La señora Manfred estaba allí.

Con el hacha...

Pero lo que vio fue algo completamente distinto.

La persona que entraba en la habitación no daba miedo a nadie. Más bien era todo lo contrario. Aquella persona estaba dominada por una terrible sensación de horror.

Morían bisbiseó:

—¿Qué pasa?

La persona que acababa de entrar llegó hasta el borde del lecho, y una vez allí se sentó mirando con prevención hacia la puerta. Marian la reconoció enseguida, aunque sólo la había visto una vez: era una de las chicas de Wartmoor. Otra como ella. Otra de las que allí, teóricamente, habían de cambiar de carácter.

La había visto en el comedor.

Lo que no recordaba era su nombre.

—Me llamo Vicky —murmuró la recién llegada, como si hubiera adivinado su pensamiento.

—¿Y qué quieres?

—Por favor, ayúdame.

—¿Tienes miedo?

—Estoy aterrorizada.

—Pero ¿por qué, Vicky? ¿Qué te sucede?

—Quieren matarme.

Marian la miró con sorpresa. Una sorpresa relativa, porque aquello de que quisieran matar a alguien ya no le parecía tan extraño en un sitio como Wartmoor.

—No te preocupes —musitó—. La señora Manfred está

acorralada. Hay policías por todas partes. No podrá volver a matar.

—No es la señora Manfred.

—¿Qué dices?

Vicky se retorció los dedos nerviosamente. Le costaba hablar. Sus ideas eran inconexas.

—No, no se trata de la señora Manfred —dijo—. Ya sé que ella estáacorralada y que no podrá matar a nadie más.

—¿Pues entonces quién?

—La misma persona que mató a Susan Albert.

Marian sintió como sus facciones se desencajaban. Sintió incluso que su mandíbula cambiaba de sitio, que de tanta tensión estaba a punto de romperse.

—A Susan Albert la mató la señora Manfred —dijo Marian.

—No. Te equivocas. He oído contar muchas cosas sobre la Manfred. Ella dibujaba la muñeca en la pared antes de matar, no después. La dibujó y acto seguido trató de matarte a ti.

—Reconozco que pudo ser así —balbució Marian—, pero no entiendo el resto. ¿Quién pudo tener interés en matar a la pobre Susan?

—No lo sé.

—Pero algo concreto pensarás, imagino. No me harás creer que aquí nos hemos juntado dos locas.

—A ella la mataron para que no contara lo que sabía.

—¿Y qué es lo que sabía?

—Ella había visto a la muerta.

Marian arqueó las cejas.

—¿Qué muerta? —bisbiseó.

—No lo sé, pero me habló de una muerta. De una muerta a la que estaban buscando.

—Otra vez siento zumbidos en la cabeza —murmuró Marian—. Lo que me cuentas es como para marearse... ¿En qué cuerno de mundo estamos tú y yo? ¿De qué muerta hablas?

—No lo sé... ¡Si lo supiera te lo diría! ¡Fue todo lo que Susan me dijo!

—¿Y crees que por eso la mataron?

—Sí. Porque no quiso decir lo que sabía a la persona que la interrogó. O porque tal vez se puso tonta y amenazó con denunciarla a la policía.

Marian intentó recapitular, intentó reunir sus dispersos pensamientos.

—Pero veamos —dijo—. Susan trabajaba en el jardín, ¿no? Me dijeron que aquí todas hemos de hacer algún trabajo.

—Exacto. Y trabajando en el jardín descubrió algo. No sé qué.

—¿Tal vez un pasadizo que la llevó al sitio donde estaba la mujer muerta?

—Pues... podría ser.

—Estoy tratando de ayudarte, Vicky. Por favor trata de ayudarme tú también a mí, haciendo que tus respuestas sean concretas. ¿Existe un pasadizo?

—¿Y yo qué sé? Estamos hablando de simples posibilidades.

—Bueno, supongamos que Susan lo encontró por casualidad. Y que alguna otra persona también tenía interés en encontrarlo.

—Sí. Imaginémoslo.

—Imaginemos también que interrogó a Susan, y que ésta se negó a decir lo que sabía. Que amenazó incluso con hablar a la policía. ¿Crees que por eso la mataron?

—Estoy segura.

—¿Y a ti? ¿Por qué habrían de tratar de matarte?

—Porque yo era la única amiga de Susan Albert. Porque piensan que ella me dijo a mí lo que sabía.

—¿Y no es cierto?

—No, no es cierto. Sólo me dijo que había descubierto algo muy importante, y que al mismo tiempo era algo estremecedor. Cuando insistí en saber de qué se trataba, me habló de una muerta.

—¿Nada más?

—Te juro que nada más.

—Entonces te interrogarán como hicieron con Susan.

—Sí. Y cuando les diga que no sé nada creerán que les miento. Es posible que me maten.

—¿Pero quién? Trata de reflexionar con calma... ¿Quién?

—No lo sé aún. No tengo idea de quién puede hacerlo. Pero después de la muerte de Susan, vivo en un universo de horror. Sólo pienso en huir de esta casa.

—¿Por qué no lo haces?

—Pensaba huir esta noche, pero ya ves lo que ha ocurrido. La policía ha rodeado Wartmoor. Hay focos por todas partes. Resulta

imposible alejarse dos centímetros de estos muros sin que se den cuenta.

—¿Y por eso has acudido a mí?

—Sí.

—¿Pero qué tengo yo que ver con eso? ¿En qué puedo ayudarte?

Vicky se retorció los dedos nerviosamente, mientras volvían a temblar sus labios. Sentía de nuevo un acceso de pánico.

—Tú eres la única que puede ocultarme —balbució—. Eres la única que conoce el escondite.

—¿Qué escondite?

—Tú sabes cosas de Wartmoor que no sabe nadie.

—No sé cosas de Wartmoor —dijo Marian con voz lenta—. Sólo recuerdo algo que no acaba de tener sentido. Cuadros que estaban en las paredes, altavoces, tocadores, habitaciones rosa... ¡Pero es como si todo eso lo recordara otra persona que no soy yo misma! ¡Dios santo! ¡A veces pienso que voy a volverme loca!

Vicky también había hundido la cabeza.

Tenía las facciones como metalizadas.

Como muertas.

—Entonces, si tú no sabes dónde esconderme, tendré que renunciar a toda esperanza —murmuró.

—Te sugiero una idea mejor. Nunca has tenido a la policía tan al alcance de la mano. Habla con ellos.

—Ya lo he intentado, pero no me creen. Piensan que trato sólo de llamar la atención para que me saquen de aquí. Han apuntado lo que yo les decía en una hoja de papel y... ¡listos! Han dicho que ya me interrogarían otra vez si me necesitaban. Entonces ha sido cuando me he dado cuenta de que acababa de cometer un terrible error.

—¿Qué error?

—La persona que mató a Susan puede haberse enterado. Y entonces... ¡entonces yo también estoy condenada a muerte!

Marian Lane se llevó otra vez las manos a las sienes.

Todo aquello era una pesadilla sin nombre. La cabeza le zumbaba. Volvía a sentir la náusea.

—Lo terrible es que sólo recuerdo cosas inconexas —dijo—. Cosas que no tienen sentido apenas. Aquí ha de haber algo. Pero no sé qué es... ¡No sé qué es, te lo juro! ¡No lo sé!

Vicky se había puesto en pie.

Sus facciones parecían más metalizadas, más muertas que nunca.

—Creí que tú podrías ayudarme —dijo—. Eras mi única esperanza. Pero si no puedes hacerlo me arreglaré como pueda.

—¿Por qué no dices a la policía que no quieres dormir aquí? ¿Por qué no duermes en uno de los coches que tienen estacionados ahí fuera? No pueden negártelo.

—Quizá tengas razón —dijo Vicky, mientras se iluminaban sus ojos—. Sí, quizá pueda salir del paso de esa manera.

Y fue a alejarse.

Caminó de espaldas hacia la puerta entreabierta, mientras dirigía a Marian una tímida sonrisa.

Vicky no veía la puerta.

Pero Marian sí.

Y por eso vio la mano con el puñal. Lo vio cómo un relampagueo. Se dio cuenta de que era una mano de mujer. Pero solamente eso.

Lanzó un aullido.

—¡Cuidado!

Vicky trató de retroceder. No llegó a darse cuenta exacta de lo que ocurría. Movié las piernas, pero estaba tan cerca de la puerta que no pudo evitar lo inevitable.

El cuchillo se clavó en su espalda.

Hasta el fondo, hasta el corazón.

CAPÍTULO X

Marian se había puesto en pie, saltando de la cama. Pero tenía los pies como clavados en el suelo. No podía moverse. Miraba hipnotizada el cadáver de Vicky.

Todo dio vueltas en torno suyo.

Se llevó las manos a la boca.

Y de pronto lanzó un aullido gutural, espantoso, un aullido que también parecía de muerte.

Alguien apareció entonces en el umbral. Dos personas se lanzaron hacia ella, tratando de sostenerla. Marian vio confusamente que una era un policía, y la otra la señora Pickers West.

La señora Pickers aún estaba vestida, a pesar de lo avanzado de la hora. Y aunque el severo vestido que llevaba no hubiera favorecido a ninguna mujer, a ella le sentaba bien. La señora Pickers, pese a haber rebasado ya la treintena, tenía un cuerpo de diosa.

¿Por qué pensó eso Marian en el último momento, ya a punto de perder el sentido?

¿Qué importancia tenía?

Pero lo cierto fue que pensó: «Esta mujer es muy atractiva. No debería malgastar su vida aquí». Y en aquel momento cayó en brazos del policía.

El agente sólo pudo mascullar:

—¡Dios santo!

Miraba como hipnotizado el cadáver de Vicky.

Marian Lane no había perdido el sentido. Notaba una terrible debilidad física que le impedía ponerse en pie, pero en cambio su cerebro funcionaba con una maravillosa lucidez. Hubiera podido describir todos los detalles, repetir todas las palabras. Hasta imaginó la ruta seguida por el asesino. Y hasta se dijo que allí tenía

que haber un escondite que ella no conocía.

Pero ahora las cosas estaban cambiando. El policía, después de poner toda su atención en Vicky, la miraba a ella acusadoramente.

—¿Quién ha podido hacerlo sino tú? —farfulló—. Yo estaba en el pasillo cuando ha sonado el grito. No he visto a nadie. ¡Y nadie ha salido de esta habitación! ¡Tú has matado a esa pobre muchacha!

Marian Lane esperaba todo lo peor desde que entro en aquella casa, pero no esperaba que la acusaran de asesinato. Hundió la cabeza sobre la almohada, mientras un sollozo estremecía su cuerpo.

Estaba en esa postura cuando sintió el brusco pinchazo en la nalga.

Tuve una sacudida.

El líquido penetró ardiente bajo su piel, como una brusca mancha de fuego.

La muchacha volvió a medias la cabeza y distinguió a la señora Pickers, que le ponía una inyección. Con una sonrisa, la directora del establecimiento trató de tranquilizarla.

—No hagas caso a ese sucio policía —dijo bruscamente—. No hagas caso, Marian. Yo sé que no has podido ser tú. Relájate... Relájate... Necesitas descansar y no preocuparte de nada. Yo te protegeré, Marian... Yo te protegeré...

Marian sólo pudo balbucir:

—Gracias, señora Pickers.

Era muy agradable aquella sensación de flotar en el aire, aquella sensación de estar ausente, del sentirse protegida.

Marian cerró los ojos suave y dulcemente. Diríase que los cerró definitivamente. Como si acabase de morir.

—Así... Muy bien. Te conviene beber un poco, Marian. Toma. Esto te animará.

La muchacha tomó el vaso que se le tendía.

Era una mezcla casi infernal de *whisky*, aguardiente y unas gotas excitantes.

—Bébelo poco a poco.

Lo bebió poco a poco y se sintió mejor.

El sol penetraba a raudales por las ventanas. ¡Aquello era Alabama!

El sol puro, el sol limpio y dorado que había hecho famoso al Sur. ¡Aquello era Alabama!

La muchacha incluso se sentía bien, después de haber dormido más de doce horas, y hasta había llegado a olvidar la muerte de la pobre Vicky, la muerte de la pobre Susan Albert... Había llegado a olvidar todo lo que no fuera la sensación de su propia vida.

Y es que, cuando uno está rodeado de muerte, la elemental sensación de que uno sigue viviendo es ya una sensación maravillosa.

Big, el compañero de Wanton, le sonrió.

—Estupendo, Marian, estás mucho mejor. Y además hace un día maravilloso.

—¿Qué han hecho con Vicky y con la otra?

—Por favor, no te preocupes de eso. La policía investiga, y pronto será descubierto todo. Lo importante es que tú estás bien. Vamos a hacerte un pequeño tratamiento y pronto te olvidarás de todas esas pesadillas.

Marian se alarmó.

—No quiero el electroshock, ¿eh? Y no quiero tampoco nada que me prive de la memoria.

—Nada de eso —rió Big—. Además. ¿Crees que la memoria puede ser aniquilada realmente? No, no... Eso es una tontería. Lo único que intentaremos será darte un poco de optimismo.

—No estaré optimista hasta que salga de aquí —bisbiseó Marian.

—También sobre eso estoy trabajando —dijo Big—. ¿Sabes? Creo de verdad que te apresaron por equivocación. He pedido que se haga un informe detallado. Si todo sale como yo espero, dentro de muy poco estarás fuera de Wartmoor.

Los ojos de la muchacha brillaban de esperanza.

Y además había algo importante: la sonrisa de Big era de las que infunden optimismo. Big era de esos hombres a cuyo lado no se puede estar triste. Ni siquiera en un sitio como aquél, donde parecía imperar tan sólo la muerte.

Marian bisbiseó:

—Perdona, pero me inspiras confianza. Me gustaría que fueras tú el que llevase mi caso, en lugar de Wanton.

—Wanton es un gran médico —susurró Big—. Yo estoy aquí solo por casualidad, pero él es quien debe llevar tu caso y el de cualquier

otra muchacha que se encuentre en dificultades en Wartmoor. En mi debes ver a un amigo más que un médico. Si estoy aquí contigo es porque creo que mereces la mayor simpatía; pero el que te curará será Wanton.

En aquel momento Wanton entró.

Tenía también un aspecto muy alegre aquella mañana. Pero la muchacha no se fió. Ya se había dado cuenta de que aquella clase de médicos fingían una alegría que estaban lejos de sentir, con tal de tranquilizar y sonsacar a los pacientes. De todos modos hubo de reconocer que la sola presencia de Wanton allí infundía también optimismo.

Big le tendió la mano.

—Cualquiera diría que estás de vacaciones, muchacho, y sin embargo has pasado la noche en vela.

—He dormido un par de horas al amanecer. Para mí es suficiente —dijo Wanton, mientras dirigía a Marian una amable sonrisa.

Big hizo una seña de despedida y se alejó.

La dejaba en manos de Wanton.

Era lo lógico.

Wanton se sentó frente a Marian, estaban en una alegre habitación destinada a consultorio, y le ofreció un cigarrillo.

—No sé si fumar —susurró ella.

—Hazlo. Te tranquilizará.

—Estoy ya muy tranquila.

—Yo no tanto —susurró Wanton.

Y le puso el cigarrillo en los labios antes de prenderle fuego. Él mismo se dispuso a fumar otro también.

Sus facciones habían cambiado.

Diríase que ahora una nube de preocupación cubría sus ojos.

—¿Qué te pasa? —susurró Marian.

—Nada.

—Pues yo diría que hay algo que no puedes disimular.

—Se trata de la señora Pickers.

—¿Qué pasa con ella?

—No sé, hay cosas que no acabo de entender.

—¿Pero es algo en concreto? ¿Algo que se pueda explicar? Por favor, dime.

Él hizo un gesto de desesperanza.

—No, no es nada que pueda explicarse. Se trata más bien de una oscura sensación. He visto que a aquella pobre muchacha, Vicky, la mataron con un cuchillo.

—Sí. Y fue casi delante de mis ojos.

—La señora Pickers tiene una colección... Bueno, en fin, vamos a dejar eso. Lo único que quiero decirle es una cosa, Marian; No te fíes absolutamente de nadie. No te fíes, en especial, de la señora Pickers.

—¿Pero por qué?

—Ya te he dicho que no es nada concreto. De todos modos harás bien en tener los ojos bien abiertos. Ah... Tampoco han encontrado a la señora Manfred.

—¿Cómo es posible?

—No se sabe. Toda la casa ha sido cribada. No creo que haya quedado un rincón por escrutar. Y eso sólo puede significar una cosa: Hay un escondite, hay algún sitio que la señora Manfred conoce.

—Es posible. En una casa tan vieja.

—¿Has averiguado tú algo? Eso ayudaría a encontrar a la señora Manfred. Una pesadilla como ésa desaparecería de una vez.

—No, no he averiguado nada. Sólo sé lo que me dijo Vicky. ¿Quieres que te lo cuente ahora?

Wanton hizo un gesto negativo.

—No; no te atormentes ahora con tus recuerdos. Lo único que tienes que hacer es conservar la calma. Tienes que curarte. Tú eres lo único que importa. Olvida lo de Vicky. Olvídalo.

Su voz era convincente.

La fijeza penetrante de sus ojos casi hipnotizaba.

Pero Marian se sentía mejor, mucho mejor, cabo de unos instantes de hablar con él.

—Lo que debes hacer es pasear y calmarte —susurró él, después de palmearle la mejilla—. ¿Te gusta la música?

—No mucho. Reconozco que tengo mal oído —dijo Marian, logrando reír por primera vez en bastante tiempo.

—En ese caso es mejor que pasees simplemente. El jardín es grande. Puedes hacer lo que quieras durante todo el día, y comer a las horas que te parezca. No estarás sometida al mismo horario de

las otras.

—Te lo agradezco mucho, Wanton. Así ya no me sentiré tanto como en una cárcel.

—Sal cuando quieras.

—¿No me aplicas ningún tratamiento?

—No lo necesitas —dijo amistosamente él—. Lo único que te hace falta es un poco de tranquilidad. Para cualquier duda que tengas o para cualquier cosa que te parezca importante, puedes consultarme. Pero no te preocupes por nada; límitate sólo a pasear.

Wanton le estrechó la mano o, fuerza, le dio otro cachetito en la mejilla y salió.

Marian quedó sola.

Pero no tardó en darse cuenta de que aquello era cualquier cosa menos una cárcel. Al menos en cuanto al sitio en que ella estaba ahora.

Unas escaleras llevaban directamente desde una puerta exterior al jardín. La puerta exterior estaba solo entornada. Marian descendió por ella y se dejó acariciar por el radiante sol del Sur, tan agradable en esa época del año en que aún no hacía calor. La vegetación en el jardín era exuberante. Para que no faltase nada, hasta se oía el gorjeo insistente de los pájaros.

Marian Lane dio varias vueltas por el recinto.

Éste se hallaba limitado por una alta tapia que no podía ser saltada fácilmente. Pero, hasta llegar allí, no se tenía por ningún lado la sensación de cárcel.

Los policías ya habían sido retirados. Ya no estaban allí los focos, aunque era posible que volvieran a ser colocados por la noche.

Todo estaba en calma. Todo era hermoso, incluso las sombrías paredes de Wartmoor.

Pero Marian se sentía acongojada.

Una sorda desazón la reconcomía.

Susan Albert había muerto por algo que descubrió en el jardín. ¿Una galería subterránea? Era lo más probable. Y Vicky, que sabía algo y que estaba dispuesta a denunciarlo a la policía, había muerto también. ¿No correría ella el mismo peligro?

Por eso sería lo mejor no enterarse de nada, no tratar de descubrir nada.

Pero eso le era imposible hacerlo. Al contrario, miraba con curiosidad por todos los rincones de jardín. Intentaba descubrir algo, aunque eso era muy difícil, porque caso de estar a la vista, la policía lo hubiera descubierto antes. Pero Marian dio vueltas y más vueltas, dominada por un oscuro presentimiento.

Recordaba las palabras de Vicky.

Ella le había hablado de un cadáver.

¿Qué cadáver?

Había tantas cosas que Marian no entendía, que la cabeza volvía a darle vueltas.

Wanton y Big le habían aconsejado que no pensara en nada. Que intentase distraerse.

Pero ella no podía. No podía de ninguna manera.

Se sentó en el borde de la fuente que ocupaba uno de los rincones del jardín. Era una fuente de piedra ya bastante pasada de moda. Tan pasada de moda como la que ellos tuvieron un día en su casa de Brooklyn.

Marian la acarició dulcemente.

Aquella fuente le traía recuerdos de una infancia ya muy lejana. ¿Qué edad tenía cuando ella jugaba en torno a una fuente así? Probablemente unos seis años. Habían transcurrido menos de quince desde entonces, pero a Marian le parecía una eternidad. Todo aquello estaba como hundido en las brumas del tiempo, como borrado por ellas.

En aquella fuente había incluso un niño de piedra que adornada la parte más alta, como en la que un día tuvo en su casa de Brooklyn.

Marian sonrió dulcemente.

Aquel niño de piedra era como un viejo conocido.

Simbolizaba el recuerdo de una época mucho mejor, de una época que ya no volvería nunca.

Y en aquel momento se removió intranquila. Fue un sexto sentido lo que la avisó. Tuvo la sensación de que alguien la observaba.

Miró hacia lo lejos, por encima de las copas de los árboles bajitos que tenía frente a sí, y vio la fachada de Wartmoor. Aunque trató de ocultarse enseguida, la señora Pickers West no pudo evitar que ella la viese. Había estado observando a Marian con unos

prismáticos desde la ventana de su despacho.

Marian apretó los labios.

Las cosas empezaban a estar claras para ella.

Recordaba las palabras de Wanton. El médico le había dicho que no se fiara de la señora West. Podía estar equivocado, pero también podía no estarlo.

Y quizá la señora Pickers la observaba por si ella descubría lo mismo que había descubierto Susan Albert. Para saber dónde estaba el pasadizo que llevaba hasta la muerte.

¿Qué muerte?

Otra vez la cabeza de Marian le daba vueltas.

Pero decidió sujetar el toro por los cuernos, como se dice en determinado argot. Ella hablaría con la señora Pickers West. Ella le exigiría una aclaración.

Podía moverse con la mayor libertad por el establecimiento.

Nadie la molestó.

Llegó hasta el despacho de la señora Pickers y golpeó con los nudillos en la puerta.

—Pase —dijo una voz.

La señora Pickers le dedicó su mejor sonrisa. Tenía cruzadas las piernas y estaba realmente bonita «Es una mujer de clase», pensó Marian. Pero, en cambio, su sonrisa fue helada.

—He notado que me estaba observando, señora Pickers —susurró.

—Sí. Lo estaba haciendo porque eso forma parte de mis obligaciones. Y además porque estoy preocupada por ti. Quería ver cómo reaccionabas al sentirse en libertad.

Marian bisbiseó:

—¿No sería por otra cosa?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que piensas? ¿Qué otra razón podría tener yo para observarte?

—Saber si descubría algo.

—¿Y qué podrías descubrir tú? —preguntó la señora Pickers con voz glacial.

—Lo mismo que Susan Albert.

—No te entiendo.

La actitud de las dos mujeres había cambiado en cuestión de segundos. Las dos estaban tensas, expectantes. Recordaban a dos

fierecillas a punto de saltar.

La señora Pickers musitó con voz silbante:

—Habla, dilo: Di lo que Susan descubrió.

—Una galería que llevaba hasta la muerta.

—¿Qué muerta? ¡Tú estás loca! ¡O has sufrido un ataque de *delirium tremens* o necesitas que te vuelvan el cerebro al revés! ¡Nunca he oído insensatez semejante!

Marian sintió que zumbaban sus sienes.

Tenía razón la señora Pickers. Todo aquello podía una insensatez. Pero entonces, ¿por qué habían muerto dos mujeres?

Allí tenía que haber algo, algo...

—Señora Pickers —musitó—, ni Susan ni Vicky murieron por casualidad.

—De eso estoy convencida. No hace falta que lo digas tú.

—Usted afirmará seguramente que las mató la señora Manfred.

—La señora Manfred es una loca peligrosa. Es como una fiera dispuesta a todo, dispuesta a devorarse a sí misma si hace falta. Matará a cualquiera que se le ponga por delante. En su estado, tiene instintos más sanguinarios que los de un chacal.

—Pero ella no mató a esas dos muchachas.

—¿Entonces quién lo hizo?

Marian no contestó.

Pero sus ojos estaban escrutadoramente clavados en la señora Pickers. Sobraban las palabras. La directora de Wartmoor palideció como una muerta.

Tampoco pronunció una sola sílaba.

Se puso en pie.

Sus facciones habían adquirido una rigidez desconocida. Con las manos a la espalda, dio dos vueltas a la mesa, sin mirar a ninguna parte. Marian pensó que quizá había ido demasiado lejos al decir aquello, pero mantuvo su postura. No se movió de allí, lo cual significaba que seguía manteniendo la terrible y silenciosa acusación.

Al fin la señora Pickers la miró. Sus ojos eran helados. Con un gesto lleno de infinito desdén, de infinito desprecio, como si hablara con un insecto, dijo:

—Vete... Vete enseguida.

—Como usted quiera, señora Pickers.

Y Marian fue a salir por la misma puerta que había empleado para entrar.

Pero la voz de la directora la cortó.

—No, por ahí no.

—¿Pues por dónde?

—Por ahí.

Le señalaba una puerta que había al otro lado de su mesa.

Marian se encogió de hombros.

—¿Qué más da? —dijo.

Y fue a salir por allí. Tendió la derecha hacia el pomo de aquella puerta.

Pero antes de que lo rozara siquiera, una voz metálica gritó:

—¡Cuidado!

La muchacha se volvió de pronto. No entendía el porqué de aquella advertencia, ya que no tenía la sensación de correr ningún peligro.

Y vio al doctor Wanton en la puerta principal, la que ella iba a emplear para salir primero.

Marian susurró:

—¿Qué ocurre?

—Nada... y mucho.

—No te entiendo.

Wanton no contestó. Dejando que a sus labios asomara una sonrisa helada, mientras se acercaba a la mesa de la directora.

—Con permiso, señora Pickers.

Y tomó un estilete de los que sirven para abrir sobres, y que descansaba sobre una bandeja de acero.

Sin decir una palabra, lo lanzó contra el pomo metálico de la puerta que unos segundos antes se disponía a sujetar Marian.

La chispa que se produjo fue instantánea. El estilete salió despedido a más de un metro de distancia.

Marian Lane ahogó un grito de horror. Todos sus músculos se paralizaron. Por unos instantes hasta su corazón pareció dejar de latir.

Wanton miraba a la señora Pickers West.

Ésta había palidecido aún más. Sus labios temblaban. Miraba incrédula hacia el pomo de aquella puerta.

—No... no lo entiendo —balbució—. Es inconcebible.

—A mí también me parece inconcebible, señora Pickers —dijo el doctor Wanton lentamente—. Tan inconcebible que hasta quiero pensar en una casualidad. ¿Verdad que lo sucedido es una casualidad muy grande?

La señora Pickers necesitó apoyarse en la mesa.

—Ese sistema de la electricidad en el pomo era... era un castigo muy antiguo que yo encontré al llegar aquí —dijo con voz pastosa—. Parece que algunas chicas se ponían tan tontas que no había modo de reducir las. Entonces se ideó el sistema de hacer pasar la electricidad por algunos pomos. Era una corriente que no mataba, pero que causaba un insufrible dolor. De ese modo hasta las más rebeldes vivían atemorizadas. Pero yo creí que... que...

Wanton la seguía mirando con una sonrisa burlona.

—¿Por casualidad creyó tal vez que el sistema ya no funcionaba, señora Pickers?

—Sí, creí que ya no funcionaba. Yo misma lo hice retirar años atrás. La electricidad pasa si yo oprimo con el pie un resorte que hay bajo mi mesa, pero estaba segura de que lo habían desconectado. No comprendo cómo... no comprendo cómo ha podido ser.

Y de pronto apretó los puños mientras gritaba casi:

—¡Claro! ¡Ahora lo entiendo! ¡Era una trampa! ¡Alguien ha tratado de matarme!

Pero Wanton no se dejó impresionar por aquella especie de arrebató. La sonrisa aún se hizo más helada en sus labios cuando preguntó:

—¿No será más cierto que usted ha tratado de matar a alguien, señora Pickers?

Y añadió:

—Sin comentarios.

Inmediatamente después tomó por el brazo a la paralizada y atónita Marian. Abrió la puerta por la que acababa de entrar y sacó a la muchacha al pasillo. Antes de cerrar de nuevo, dijo a la también trastornada señora Pickers:

—Y ahora tenga cuidado, honorable directora de Wartmoor. No sea que por equivocación toque ese pomo de la otra puerta y se queme las lindas uñas. Buenos días.

Y cerró de golpe.

Con un gesto rápido, se llevó a Marian pasillo adelante. La muchacha era absolutamente incapaz de hablar. Su respiración agitada, silbante, se oía incluso a distancia.

Cuando estuvieron lejos, rodeados de soledad, ella necesitó apoyarse en una de las paredes. Se ahogaba. Tenía la sensación de haber llegado reventada a la meta después de una carrera de los diez mil metros.

—¿Te das cuenta? —bisbiseó—. ¿Te das cuenta, Wanton?

—Claro que me doy cuenta.

—¡Esa mujer ha tratado de matarme!

—Naturalmente que sí. Por eso he intervenido. Llevaba tiempo haciendo investigaciones en ese despacho, sin que ella lo supiese, y al oír desde fuera que te obligaba a cambiar de puerta he temido lo peor.

—Pero eso significa que... ¡que estamos en manos de una auténtica hiena!

—Es muy posible que sí, Marian.

—Entonces ella ha tenido que matar a las otras dos. Por fuerza ha sido ella la que ha matado a Susan y a Vicky.

Una arruga de preocupación acababa de aparecer en la frente de Wanton, que hizo un gesto dubitativo.

—Tampoco aseguraría tanto —dijo—. No se puede afirmar una cosa tan grave sin pruebas concluyentes, pero es más que posible que lo que dices sea verdad.

—Al menos es cierto que ha tratado de matar a mí.

—Sí, eso es evidente. Ha debido hacer arreglar el antiguo mecanismo para transformarlo en una trampa mortal. Luego siempre podía alegar que lo sabía y que se había producido un lamentable accidente. La cosa está clara, Marian.

—Si no llega a ser por ti...

—Por favor, no hables de eso.

Había tomado una de las manos de Marian, estrechándola con fuerza. Pero no había amor ni deseo en aquel gesto; había más bien un ansia de protección.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —balbució Marian—. Creo que nuestro deber está claro: hay que denunciarla. Pero de todos modos haré lo que tú me digas.

—Si la denunciemos ahora no tendremos pruebas —dijo Wanton

pensativamente—. Y, es más: existe el peligro de que, si la denuncias tú, te tomen por loca. Habría de ser yo quien lo hiciera.

—Hazlo... ¡Por favor, hazlo! No es ansia de venganza. Pero creo que nunca olvidaré a aquellas dos pobres muchachas. La persona que lo hizo no merece quedar impune. No merece perdón.

Wanton seguía reflexionando.

—Habríamos de cazarla con las manos en la masa —susurró—. Habríamos de cazarla de tal modo que su actuación no admitiera, dudas. Piensa que esa mujer tiene prestigio. Si no amarramos bien todos los cabos, no sólo quedará libre sino que encima nos hundirá a nosotros.

Marian volvía a respirar agitadamente.

—¿Y qué vas a hacer?

—Necesitaría tu ayuda.

—Te la prestaré. Haré: lo que tú me digas.

—Parece que esa mujer busca algo aquí, ¿no es cierto?

—Sí. Yo diría que lo que ocurre es lo siguiente: hay una parte secreta en este edificio, una parte que ella no conoce, pero en la que desea entrar. Allí hay, al parecer, algo que le interesa mucho.

—¿Y en qué consiste?

—Vicky me explicó algo. No tenía sentido, pero me lo dijo con claridad: en esa parte secreta hay una muerta.

Wanton hizo una mueca. La incredulidad asomó a sus ojos.

—Marian —dijo—, te prometo que si la situación no fuera tan trágica lanzaría una carcajada.

—No es una broma. Te aseguro que no es una broma. La pobre Vicky me habló de una muerta.

—Reconozco que no tiene sentido —bisbiseó Wanton—. Buscar una muerta... ¿para qué? Es absurdo.

—Lo mismo he pensado yo, Wanton. Todo es absurdo. Como el que yo recuerde algunas cosas de este edificio sin haber estado nunca aquí.

—¿Seguro que no estuviste nunca en Wartmoor?

—Tan seguro como que me he de morir.

—¿Ni estuviste en Alabama?

—Ni siquiera en Alabama.

—¿Pues cómo sabes cosas de este lugar?

—Lo ignoro, Wanton. A veces tengo la sensación de que me he

vuelto loca. Es como si soñara. Pero estoy despierta, y eso es lo que me asusta.

Wanton la sujetó por los hombros.

Con voz tensa bisbiseó:

—Si supieras el sitio por dónde se entra en ese lugar secreto, atraparíamos a la asesina en una trampa.

—¿Qué clase de trampa?

—Ella tiene interés en llegar allí. Pero una vez lo hubiera conseguido, es seguro que te mataría, sobre todo si estuvierais las dos en un lugar solitario.

Marian se estremeció.

La verdad era que aquél sólo pensamiento ya le helaba la sangre, pero procuró mantenerse serena.

Dijo con voz lenta:

—Sí, es de suponer que sí.

—A poco que la hicieras hablar cuando ese momento llegara, ya habría bastante para acusarla. Porque, como es lógico, yo estaría al quite con la policía. Yo intervendría con mucha más eficacia aún que hace unos minutos.

Marian asintió.

—Tienes razón. Ésa sería la mejor solución para atraparla, pero lo malo es que yo no recuerdo absolutamente para nada por dónde se entra en ese lugar secreto. Ni siquiera sé si ese lugar secreto existe de verdad.

—Supongámoslo. ¿No recuerdas nada?

—No. Nada absolutamente.

Wanton se encogió de hombros.

—Quizá sea mejor así —dijo.

—¿Por qué?

—Menos líos. Y ojalá que de verdad ese maldito lugar secreto no exista.

—Si recordara algo te lo diría, Wanton. Te ayudaré con todas mis fuerzas. Te debo la vida y procuraré que lo que ha hecho esa mujer no quede impune.

—De todos modos no te esfuerces. Y ten cuidado. Estás en peligro mientras estés en Wartmoor.

—¿No puedes sacarme de aquí? —preguntó ella, mientras a sus ojos asomaba una lucecita de esperanza.

—Desgraciadamente no, porque hay una orden de la policía que debe cumplirse. De todos modos, con un par de días de tiempo podré idear algo: una intervención quirúrgica urgente o algo así. Pero mientras tanto ten mucho cuidado. No salgas de tu habitación. Incluso no pruebes la comida que te traigan. Si no puedes resistir el hambre ve directamente a la cocina y elige tú lo que has de comer.

—Resistiré el hambre perfectamente. ¿Dónde puedo encontrarte si ocurre algo, Wanton?

—En la enfermería. ¿Tú sabes ir allí?

—Desde luego.

—Yo no me moveré ni de día ni de noche. Siempre podrás encontrarme. Y ahora adiós, Marian.

Le tendió a mano y la estreché con fuerza. Marian intentó sonreír, intentó darse fuerzas a sí misma.

Los dos se separaron.

Wanton fue hacia la enfermería, cuyo camino ya conocía la muchacha muy bien. En cuanto a ella, se dirigió a la habitación que dejara antes de encaminarse al jardín.

Y fue entonces cuando le pareció oírlo.

Fue entonces cuando en el pasillo, percibió el crujido de aquella puerta que se cerraba.

Marian notó cuál era. Fue hacia ella y la abrió sin vacilar.

Y entonces aquella sombra dura, compacta, pareció caer sobre sus ojos.

CAPÍTULO XI

De la sombra, antes de que ella pudiera gritar, antes de que ella pudiera hacer nada, surgió la voz.

—Por favor, no se asuste.

Marian miró frente a sí con los ojos desencajados.

Había una habitación grande, oscura, parecida a un desván. Y había al fondo una pequeña ventana cuyos batientes eran baqueteados por el viento que se había puesto a soplar de repente.

La muchacha bisbiseó:

—Big.

—Perdona. Temo haberte asustado.

—¿Qué haces aquí?

—Buscaba al doctor Wanton.

—He estado hablando hace unos instantes con él.

—¿Dónde?

—Más abajo. Pero ya debe haberse ido. Supongo que está en la enfermería; por lo menos ha dicho que podía encontrarle allí.

—Gracias. Y perdona que te haya sorprendido de esa manera.

—No tiene importancia, Big.

Y la muchacha fue a alejarse, siguiendo su camino, pero Big la detuvo rozándole un brazo.

—Marian.

—¿Qué pasa, Big?

—Necesito decirte que si estás en un apuro, que si te hace falta la ayuda de alguien... puedes contar conmigo.

—Gracias, Big.

—Te lo digo de verdad. No sé por qué, pero tengo la sensación de que nos conocemos hace muchos años. Es algo que seguramente no tiene sentido, pero te estoy diciendo la verdad.

Marian sonrió.

Le seguía pasando con Big lo que le había pasado desde el

principio.

Tenía una voz que infundía confianza.

Claro que eso también pasaba con Wanton. Y también había pasado con la señora Pickers hasta que la señora Pickers trató de matarla.

No podía fiarse de nadie.

Por eso se limitó a decir:

—Gracias, Big, lo tendré en cuenta. ¿Dónde puedo encontrarte?

—Procuraré estar en el consultorio, que como tú sabes se halla cerca de la enfermería. Desgraciadamente mañana tendré que irme, pero espero que mañana ya no me necesites.

Marian se sobresaltó.

—¿Qué sentido tiene eso? ¿Por qué mañana no he de necesitare? ¿Acaso he de estar muerta?

—No. Lo que ocurre es que esta pesadilla se desvanecerá de un momento a otro. En pocas horas todo tiene que cambiar.

—¿Han encontrado ya a la señora Manfred?

—No.

—Dios santo... Eso significa que...

—Eso significa que sigues corriendo peligro.

Marian silenció el hecho de que también corría peligro por otro lado. No le dijo que la señora Pickers había estado a punto de matarla.

—Tendré cuidado —dijo simplemente—. Por la cuenta que me trae, procuraré no distraerme.

Big, que aún tenía la mano en su brazo derecho, se lo estrechó con fuerza.

Con una extraña fuerza.

Luego desapareció por el pasillo, en camino inverso al que seguía la muchacha.

Ella vaciló un momento. Todo aquello le daba miedo.

Le daba miedo Big. Le daba miedo el ambiente. Hasta le parecía temible el aire que respiraba.

Siguió caminando hasta llegar al dormitorio que ocupaba de momento. Cerró bien y se tendió en el lecho.

Un sol dorado, riente, penetraba por la ventana.

Pero hasta eso le daba miedo. Hasta el sol la hacía vacilar. Como si su caminar implacable, al ir generando sombras, fuera también

acercando el momento de la muerte.

El sol.

Marian, con los ojos cerrados recordaba otras épocas en que ella no tenía miedo de nada, en que miraba al sol cara a cara, en que reía mientras su padre, en el jardín, dibujaba planos y más planos.

¡Qué hermosa había sido aquella casa de Brooklyn! ¡Y qué distinta estaba ahora! Había edificios altos por todas partes. El sol ya no llegaba apenas hasta ella. Ya no rebrillaba en el niño que adornaba la fuente.

Marian se removió inquieta en la cama.

¿Por qué recordaba la fuente? ¿Por qué le parecía estar viéndola otra vez? ¿Y por qué recordaba también la fuente que había en el jardín de Wartmoor?

Volvió a removerse.

Abrió un momento los ojos y se dio cuenta de que, aunque pensaba en el sol, éste ya se había extinguido. Las sombras lo llenaban todo. La habitación, que tenía las luces apagadas, era como una masa compacta de penumbra. Las propias manos blancas de Marian destacaban tanto que llegaron a sobresaltarla.

Pero no pasaba nada.

El silencio seguía siendo total.

Pese a la penumbra, no había nada que diera sensación de peligro.

Marian volvió a cerrar los ojos y volvió a derrumbar la cabeza sobre la almohada.

Recordaba a su padre.

Su padre dibujaba planos en el jardín, mientras de tarde en tarde contaba a la pequeña algún chiste o le acariciaba la cabeza. Su madre les espiaba desde las ventanas. Su madre estaba celosa. Se gastaba casi todo el dinero de que disponía en pagar detectives para que vigilaran al padre de Marian.

Y éste, aparentemente, se portaba muy bien. Pero más de una vez su esposa le acusaba de tener una amiga. De estar enamorado de otra mujer. De más de una escena borrascosa fue testigo Marian, que asistía atónita a aquel espectáculo imborrable.

Pero ahora habían pasado muchos años.

O tal vez no demasiados. De todos modos a Marian le parecían una eternidad.

Sus padres habían muerto. El padre en un accidente; la madre desgastada por la falta de dinero y por la sensación de que su vida había sido frustrada.

Marian volvió a removerse en la cama.

No hubiera querido recordar nada de aquello. ¿Por qué tenía que hacerlo? ¿Por qué no podía olvidar de una vez?

Era inútil.

Los recuerdos volvían a ella en aquel extraño duermevela, como si otra vez estuviera viviendo su infancia.

Y de pronto tuvo un sobresalto.

¡Dios santo!

Lo recordaba perfectamente. Era como si lo estuviese viendo otra vez. Como si estuviera en el jardín de la casa de Brooklyn y viese el niño de piedra adornando la fuente. El niño de piedra que se movía.

Giraba poco a poco sobre sí mismo.

Era su padre quien lo hacía girar.

La noche en que aquello sucedió, su padre creía estar solo en el jardín. Pero Marian, que muchas veces espiaba horas y horas entre las hojas, le estaba viendo.

Bastaba tapar con la mano la boca de la fuente por la que salía el chorrito de agua.

Había que hacerlo bastante rato. Quizá hasta que la presión hacía mover un resorte situado en el interior.

Marian se había llevado las manos a los ojos, aunque los tenía cerrados.

Lo recordaba todo perfectamente. ¡Perfectamente!

Cuando el muñeco de piedra empezó a girar, su padre había girado también.

La muchacha se levantó de un brinco.

Estaba sobresaltada. Le dolía el pecho. Tenía la sensación de haber sufrido una pesadilla.

Pero no era una pesadilla, sino la más pura realidad.

Puesto que no se había desvestido, salió de la habitación. Corrió alocadamente por los pasillos desiertos. Atravesó recodos. No pensó que en cualquiera de ellos podía estar acechando la señora Manfred.

Se detuvo jadeante ante la puerta de la enfermería.

Oía tras ella los pasos quedos de un hombre que paseaba.

Marian empujó la puerta y vio que, en efecto, el doctor Wanton estaba paseando por la gran habitación vacía. Llevaba las manos a la espalda y un cigarrillo en los labios. Parecía abstraído.

Pero se volvió de repente al oír entrar a la muchacha.

—¡Marian!

—He venido porque sucede algo importante, Wanton.

—¿De qué se trata? ¿Alguien ha intentado hacerte daño?

—No, pero he recordado algo.

—¿El qué?

Ella se mordió el labio inferior, mientras entrecruzaba nerviosamente los dedos.

—Sé que el pasadizo existe.

—¿Dónde?

—Es algo que quizá no tenga sentido, Wanton. Se trata de un pasadizo igual al que debió haber en mi casa de Brooklyn, donde yo vivía con mis padres.

Wanton parpadeó.

La idea pareció penetrar poco a poco en su cerebro, sin acabar de convencerle del todo.

—Bueno... —dijo—. Brooklyn es uno de los distritos de Nueva York. Y entre Nueva York y este rincón de Alabama hay bastante distancia.

—No sé si te he dicho que papá era arquitecto.

—Sí. Me lo contaste.

—Él construyó nuestra casa de Brooklyn.

—Me parece muy normal.

—Estaba especializado en construcciones militares. En fortificaciones y todo eso. A veces me explicaba cosas de su oficio, porque a mí me quería apasionadamente. Horas y horas hablando de sus planes, de sus proyectos... No sé si tú sabrás cómo se construían algunos emplazamientos fijos de artillería hace veinticinco o treinta años.

—Sé que hace treinta años —musitó Wanton—, aún se creía en la eficacia de las fortificaciones rígidas, porque no se había demostrado, por ejemplo, la inutilidad de la Línea Maginot francesa ni de la Línea Sigfrido alemana. Pero no soy demasiado entendido en esas cosas. Sigue.

—Algunos reductos artilleros —continuó la muchacha—, tienen

puertas secretas o escondites que no deben verse. Un bloque sin fisuras, por ejemplo, tiene en su interior una parte secreta donde puede haber explosivos para volarlo todo, en caso de ocupación enemiga. Y las puertas y compuertas de un polvorín, por ejemplo, son una de las obras más difíciles de la arquitectura y la ingeniería.

Wanton asintió.

—Quieres decir que tu padre, por expresarlo de algún modo, era un especialista en entradas secretas —dijo.

—Exacto.

—Y tenía una en vuestra casa de Brooklyn.

—Sí. Así es.

—¿Para qué la quería?

—Pues... no lo sé.

—¿Nunca entraste en ella?

—No. Jamás. Ahora he recordado que existía, pero no llegué a poner los pies en el recinto secreto.

—De acuerdo. Todo esto me parece muy comprensible. Pero insisto en el hecho de que Brooklyn y Alabama están a una enorme distancia.

—Bueno... Mi padre murió en Alabama. Había vivido en Alabama una gran temporada también. Y eso tenía que ser porque realizaba aquí un importante trabajo.

Wanton se pasó una mano por la boca para disimular el nerviosismo que sentía.

Y de pronto apretó los puños mientras mascullaba:

—¡Wartmoor!

—Sí, eso es. Estaba restaurando Wartmoor.

—E hizo... ¡Hizo un refugio secreto igual que el que había hecho en Brooklyn! —gritó casi Wanton.

—Sí, lo hizo. Ésa tiene que ser la explicación. Lo hizo.

—¿Pero para qué? —preguntó Wanton, confuso—. La verdad es que no lo entiendo. ¿Para qué había de hacer una cosa así?

—Yo tampoco lo sé, aunque lo imagino —farfulló Marian.

—¿Qué imaginas?

La muchacha no contestó directamente. Sólo dijo con un soplo de voz:

—Había otras cosas que me preocupaban desde el principio, y ahora voy ligando detalles. Por ejemplo el que hubiera cosas aquí

que yo no había visto nunca y que sin embargo sabía que existían. Es decir, era como si conociese muy bien Wartmoor sin haber estado jamás en Alabama. Ahora comprendo por qué recordaba todo eso.

—¿Por qué?

—Papá era un arquitecto muy meticuloso. Su especial oficio lo exigía. Había hecho fortificaciones militares incluso para los rusos, y también para los japoneses antes de que se iniciara la Guerra Mundial.

—¿Siendo un extranjero?

—No tiene nada de especial. Él hacía sólo una parte del proyecto. No conocía la fortificación completa.

—Sigue, por favor.

—Cómo te decía, esos trabajos son extremadamente delicados. Los que los encargan, no regatean un dólar, pero también exigen perfección. Por eso papá realizaba siempre una maqueta completa, casi a tamaño natural y con todos los detalles, del trabajo que había de concluir. Incluso señalaba los cuadros, los altavoces para difundir música, las conducciones eléctricas. Papá, a su manera, era un genio. En aquella época Wartmoor era aún un lugar que cuidaban mucho, y por tanto supongo que las reformas tuvieron un presupuesto elevado. Papá derribó paredes, hizo otras nuevas, simplificó algunos laberintos de los que había en este lugar... y construyó también un recinto secreto.

Los ojos de Wanton se habían iluminado.

Del asombro había pasado al entusiasmo, como si estuviera oyendo contar una historia sencillamente maravillosa.

—Y tú viste la maqueta en tu casa —susurró—. Como era de tamaño casi natural, pudiste moverte entre ella. Era igual que una gigantesca casa de muñecas, ¿verdad? Luego la olvidaste como habrías olvidado antes otras maquetas iguales. Pero al entrar en Wartmoor te pareció conocer este sitio, ¿no es cierto?

—Exacto. Muchos detalles los conocía.

—Pero repito. ¿Para qué tu padre quería esto?

Marian tabaleó con los dedos en la mesa.

—Ya te he dicho que lo imagino. De todos modos pronto lo averiguaremos.

—¿Vas a seguir el plan que acordamos?

—Sí.

—Marian... ¿te das cuenta de que es peligroso?

—Sí, claro que me doy cuenta. Pero sé también que es el único sistema para que lleguemos hasta el fin. Tuviste razón al aconsejármelo. Éste es el único camino que podemos seguir.

Wanton se mordió el labio inferior, haciendo un gesto embarazoso.

—Marian, más vale que reflexionemos. Creo que eso es demasiado peligroso para ti. Sí... Más vale que reflexionemos.

—No, Wanton; estoy decidida. Llevaré a la señora Pickers hasta el lugar que ella busca y provocaré la situación extrema. Es decir, haré que intente matarme. Lo único que necesito entonces desesperadamente es que no falles tú. Que llegues a tiempo con la policía.

—No fallaré, Marian.

—No debes perderme de vista ni un momento.

—Puedes estar tranquila. Ni un momento dejaré de verte. Y ahora, ¿cuál es en concreto tu plan?

—El que acordamos. Penetraré en el pasadizo de forma que la señora Pickers me vea. Tengo la sensación de que me está observando. Una vez allí haré exactamente lo que tú y yo dijimos.

—De acuerdo, Marian.

—Lo que temo es que ella me haya visto llegar aquí y esté en guardia contra ti también.

—Es posible, pero su ambición podrá más que cualquier otro sentimiento. Te seguirá allí adónde vayas sin pensar en otra cosa.

—Entonces adelante, Wanton.

Y los dos se estrecharon las manos como dos cómplices en la misma empresa.

Se miraron fijamente.

Marian tuvo la sensación de que él quería algo más; de que anhelaba que no todo terminara en aquel simple apretón de manos.

Pero ahora no podía ser. Ahora el peligro les rodeaba. No podían pensar en lo que no fuera escapar a aquella angustiosa sensación de muerte.

Ella bisbiseó:

—Tal vez más tarde.

Y salió de la enfermería:

Las sombras la rodearon. Y tuvo la sensación de que en cada una de aquellas sombras estaban las manos de la señora Pickers o las garras de la señora Manfred.

CAPÍTULO XII

Salió poco a poco al jardín.

No procuraba ocultarse.

Estaba segura de que, aun en el caso de esconderse, la señora Pickers la habría visto. Pero así le daba más facilidades.

Llegó a la fuente y miró fijamente la estatuilla del niño en piedra que estaba en su parte superior.

Tenía la sensación de que volvía a estar en la magnífica casa de Brooklyn. Aquélla era la fuente en la que ella jugó cuando era niña. El tiempo había vuelto atrás.

Taponó con su mano derecha el largo conducto por el que manaba el agua.

Mucho rato.

El rato suficiente para que una se aburriera de estar así. Lo bastante para que nadie hiciera aquello casualmente, por simple juego.

Pronto la presión en la palma de su mano llegó a hacerse insoportable.

Pero ella aguantó.

Era eso lo que tenía que ocurrir. Pronto empezaría a funcionar el resorte.

¡Y funcionó!

El niño de piedra empezó a girar poco a poco, en torno a un invisible eje. Ella giró también, para seguir apretando el conducto del agua. Toda la fuente parecía moverse. Y, en efecto, se movía. Lo hacía eficaz y silenciosamente.

Era increíble.

Sólo un arquitecto de la mayor categoría podía haber construido aquel mecanismo tan sólido y al mismo tiempo tan sencillo, que funcionara como el primer día al cabo de docenas de años.

No se produjo más que un leve chirrido.

Por lo demás, el silencio era casi obsesionante.

Marian, a la luz de las estrellas, vio entonces la estrecha abertura. Aunque con ciertos apuros, una persona podía pasar bien por allí. El cuerpo de Marian, que era macizo y de líneas rotundas, pero al mismo tiempo esbelto como un junco, pasó sin dificultad.

Miró hacia atrás con miedo, una vez hubo puesto los pies en el interior del pasadizo.

Y le pareció despedirse de las estrellas.

Despedirse de la vida entera quizá.

Porque la fuente volvía a girar sobre el misterioso eje, cerrando la abertura. Marian se dio cuenta de que todo volvía a ponerse en movimiento en sentido inverso cuando uno pisaba la plancha metálica sobre la cual estaba ella ahora.

No supo cómo saldría, pero pensó que debía haber algún sistema. En todo caso, como luego entrarían Wanton y los policías, ya se preocuparían de dejarle la salida franca.

El pasillo descendía bastante.

Pasaba seguramente bajo los cimientos de Wartmoor, que estaba a poca distancia, y llegaba hasta el departamento secreto que estaba en las entrañas del edificio.

Marian avanzaba entre la oscuridad más absoluta.

Pero pronto se dio cuenta de que muy lejos, al fondo, había luz. Esa luz debía proceder de un empalme hecho a la conducción general del edificio. Cuando las luces de Wartmoor se encendían, se encendían también las del pasadizo secreto. Cuando se apagaban, se apagaban también las otras. Así no había quien descubriese que existía en Wartmoor un gasto injustificado de fluido eléctrico.

Más allá del recodo había una especie de arco con media docena de bombillas. Y algo más adelante, otro arco con media docena más.

En otro tiempo, cuando su padre construyó aquello, debió parecer una constelación de luz. Algo así como una feria. Debían sobrar bombillas por todas partes. Pero su padre ya hizo aquello con cálculo, pensando que el pasadizo duraría muchos años y que quizá él no podría reponer las bombillas fundidas con el paso del tiempo. En efecto, ahora la mayor parte de aquellas bombillas se habían fundido. Sólo brillaba una aquí y otra allá. Pero su luz era suficiente para que, al menos, la muchacha siguiera avanzando.

Las paredes del pasadizo estaban cubiertas de gruesas láminas de corcho.

Aquello había evitado la humedad en gran parte, y además aislaba el sitio de todo ruido o vibración.

La sensación de calma era muy agradable; y hasta el aire resultaba muy respirable, seguramente porque el lugar disponía de un sistema de ventilación que podía estar muy bien conectado a los desagües que llegaban desde el tejado del edificio.

Marian sabía que su padre no había dejado nada al azar.

¿Pero por qué todo aquello? ¿Cuál era la razón? ¿Dónde estaba la siniestra causa?

Ella la imaginaba.

Pero no quería detenerse a reflexionar.

O no podía.

Su cerebro era incapaz de acoger todo el horror que sabía estaba un poco más allá, a unos metros, tal vez sólo a unos pasos.

Dobló el recodo.

Y lo vio.

Vio la gran sala, vio los muebles, vio las ropas, vio el tocador, vio la habitación rosa.

Sus ojos se desencajaron, sus manos fueron instintivamente a la boca entreabierta.

Pero no pudo evitar el alarido.

El terrorífico, el salvaje, el incontenible, alarido de terror y de muerte.

CAPÍTULO XIII

Tenían que haberla oído.

El alarido había sido tan fuerte que por fuerza hubieron de oírlo desde otros lugares del edificio. Pero poco a poco se dio cuenta Marian de que las láminas de corcho lo ahogaban todo. No, no la habían oído. Estaba quieta y sola ante el horror. Estaba tan sola como en una isla desierta.

Y ante sus ojos estaba la habitación que vio una vez siendo una niña.

Mejor dicho, era su reproducción exacta. Lo mismo que el padre de Marian había tenido en su casa de Brooklyn para poder ver en secreto a la mujer de quien estaba enamorado, lo había tenido en Wartmoor durante el tiempo que duró la reforma del enorme edificio; lo había tenido durante varios meses, dando esquinazo a los detectives que su esposa aún tenía contratados para vigilarle.

Marian estaba quieta en el umbral de la sala.

Aterrorizada.

Petrificada.

Ahora lo comprendía todo con una claridad brutal, con una claridad tan meridiana que llegaba a herir sus ojos.

Durante años aquello duró en Brooklyn. Durante meses debió durar en Wartmoor. Quizá Marian había sido la causa de que su padre no pidiera el divorcio y siguiera con aquella comedia. Terminado el trabajo en Wartmoor, los dos debieron regresar a Nueva York por caminos distintos. Pero un día tuvieron quizá un divertido pensamiento: «¿Y si volviéramos a nuestro nido a pasar el fin de semana?».

Los ojos de Marian eran ya como dos globos blancos, sin vida y sin sangre.

Miraban fijamente al mismo sitio.

La mujer —o lo que había sido una mujer—, estaba en una de

las butacas, sentada, en actitud de reposo. Vuelta de espaldas a ella. Llevaba un vestido negro.

Un vestido bastante largo, conforme a los gustos de la época.

Sin duda cansada de pedir socorro, cansada de desesperarse, de gritar, se había sentado allí a morir dignamente. Y lo había conseguido. Su cabeza, apoyada en el respaldo, estaba cubierta por un sombrero azul. Sus manos descansaban en los brazos de la butaca. O lo que habían sido sus manos.

Marian sintió un brutal estremecimiento.

El mundo entero dio vueltas en torno suyo.

Pero se mantuvo en pie.

Ahora se daba cuenta, horrorizada, de un detalle fundamental: ella, si no la ayudaban, no podría salir jamás de allí. Seguro que para salir se necesitaba una llave que el padre de Marian se llevó descuidadamente, pensando volver al poco tiempo, y dejando a su amada allí. Pero no había vuelto jamás. HABÍA SUFRIDO UN ACCIDENTE DE AUTOMÓVIL Y HABÍA MUERTO.

Marian imaginó la terrible situación.

Imaginó a aquella mujer, completamente cubierta de joyas, esperando el retorno. Le pareció ver su cuerpo sobre el que había millones en alhajas, y que iba siendo devorado poco a poco por el hambre y la sed. Le pareció oír sus gritos. Le pareció ver su mueca de desesperación, de agonía, de muerte.

Ahora no era más que un esqueleto.

Un esqueleto sobre el que había... ¡millones!

Seguro que existía otra salida, la cual daba al dormitorio que ella ocupó al llegar a Wartmoor. Moviendo una baldosa funcionaba. Pero o la pobre mujer debía ignorarlo o los resortes no funcionaron. Eso era lo más probable. Marian mismo había tenido una prueba, porque la pared giró al tocar la rendija de una de las baldosas, mientras que a la segunda ocasión y las sucesivas no había funcionado ya.

Claro que eso indicaba también otras cosas.

A Susan Albert no la había matado la señora Pickers, que ignoraba la entrada al recinto secreto. Tuvo que matarla la señora Manfred, que seguramente la conocía.

Y eso indicaba que la señora Manfred... ¡podía estar allí!

¡Aquél era su escondite!

¡Por eso no la encontraban!

El frío del miedo, el frío de la muerte pasaron como ramalazos por la espalda de la muchacha. Pero se olvidó de aquel peligro ante la obsesión de lo que estaba viendo. Ante la obsesión del cadáver, en torno del cual empezó a girar poco a poco.

No veía ni siquiera las alhajas que valían millones.

Sólo veía los ojos descarnados. La boca entreabierta de la calavera. Las vértebras terriblemente blancas que asomaban por el borde del vestido negro.

Marian estaba obsesionada. No se daba apenas cuenta ni de que existía.

Y por eso le pareció, despertar al oír la voz de la señora Pickers.

—Magnífico... Sabía que encontraría al fin el recinto secreto gracias a ti. Ya tengo las alhajas, ya tengo lo que he buscado durante años, cuando capté el rumor de que en Wartmoor existía un departamento secreto. Y en cuanto a ti, éste es un magnífico lugar para morir, ¿no te parece?

Y le señaló el terrible cadáver junto al cual estaba Marian.

Era una terrible y repulsiva amenaza. Era como si dijese: «Te quedarás junto a él y pronto estarás igual». Pero la muchacha no sintió miedo.

Porque detrás de la señora Pickers había visto aparecer al doctor Wanton.

Era lo convenido. Ahora él ya tenía pruebas. Saltaría sobre ella y...

Efectivamente, Wanton saltó sobre la señora Pickers.

Pero no fue para apresarla. Fue para algo muy distinto. Fue para besarla ansiosamente en el cuello y en la boca.

—Ahora ya la tenemos en la trampa —balbució a su oído, mientras miraba a Marian con ojos de indecible odio—. Ahora las joyas ya son nuestras, No hay más que matar a la única testigo. No hay más que matarla a ella.

CAPÍTULO XIV

Marian sintió que se le secaba la boca y se le erizaban los cabellos.

Todo había sido una encerrona de Wanton y la señora Pickers para ganarse su confianza. El intento de «asesinato» en el despacho de la directora. La intervención «providencial» de Wanton. Los interrogatorios de éste. Todo...

Y ahora habían llegado al fin.

Ahora iban a acabar con ella.

Marian miró aterrorizada a un lado y a otro, sabiendo que no podía escapar, sabiendo que estaba en su propia tumba.

Wanton extrajo la pistola de su bolsillo derecho.

No importaba hacer ruido. Nadie iba a oírlo.

—No podréis salir —bisbiseó Marian, aferrándose a un clavo ardiendo—. Sólo yo conozco el sistema. Quedaréis encerrados para siempre.

Wanton rió quedamente, con una de sus típicas sonrisas burlonas.

—No juegues esa carta, muñeca. No nos sirves para nada, ¿sabes? He puesto un grueso tronco en la juntura de la puerta para que no se cerrara del todo. Luego me bastará apalancar para vencer la resistencia del mecanismo, de modo que la salida está asegurada. Y ahora adiós, muñeca...

Apuntaba a la frente de Marian.

Fue a disparar.

Y en ese momento ocurrió aquello, ocurrió lo que Marian ya no esperaba, lo que allí no esperaba ya nadie. El cuchillo, lanzado con una implacable maestría, se clavó hasta las cachas en el corazón de Wanton. Éste tiró al aire. Lo mismo Marian que la señora Pickers lanzaron al unisonó un grito de horror.

Pero la señora Pickers fue la primera en reaccionar. Se dio

cuenta de que estaba perdida. Dando un salto felino, pasó junto a Big, que había salvado *in extremis* la vida de Marian, y que no acertó a detener a la ágil fugitiva. Está huyó lanzando un aullido que pareció retumbar entre las paredes muertas.

Marian chilló:

—¡Atrápala! ¡Ella es la causante de todo! ¡No la dejes huir!

—No te preocupes. Iré tras ella, pero no llegará muy lejos. Ahí fuera está la policía.

Y corrieron todos hacia la salida. La señora Pickers ya había conseguido apalancar con el tronco, destrozando el mecanismo de cierre y logrando así salir. Big fue tras ella. Marian estuvo a punto de salir también, pero al darse cuenta de que tenía la escapatoria segura para cuando quisiera, regresó al interior del recinto.

Lo hizo por un sentimiento de humanidad. Lo hizo porque pensó que Wanton, a pesar de todo, aún podía necesitar ayuda.

Regresó poco a poco.

Oía el golpeteo de sus propios pasos y el golpeteo de su propio corazón.

Al llegar a la habitación rosa, se inclinó sobre Wanton. Éste tenía las facciones desencajadas y no necesitaba ninguna clase de ayuda, al menos material. El cuchillo le había atravesado certeramente el corazón. Acababa de morir.

Marian tragó saliva espasmódicamente.

Y avanzó hacia la muerta, hacia el cadáver sentado en la butaca. Le obsesionaban aquellas joyas. Le obsesionaba aquello por lo que tanta sangre se había derramado ya.

Giró poco a poco.

Quería ver otra vez los ojos desencajados.

Quería ver el horror de las vértebras blancas.

Pero en lugar de eso vio los ojos demoníacos, que la miraban con un odio difícil de describir. Vio la boca babeante. Vio la muerta caída en el suelo, a un lado de la butaca... ¡mientras que su lugar había sido ocupado por la señora Manfred!

Aquéel debía ser su santuario, en el que no quería que penetrase nadie. Los ojos enviaron al aire una llamada de odio. Las manos saltaron a la garganta de Marian Lane.

Ésta no tenía ya fuerzas para pelear. Estaba tan aterrorizada, tan hundida, que sus músculos no le obedecieron. Cayó de rodillas

mientras su vista se nublabá. Los dedos sarmentosos y duros apretaron como garfios. De la boca de la señora Manfred se desprendía una baba viscosa y larga. Un rugido gutural partía de su garganta.

La vista de Marian se fue nublando más y más.

Ya no veía apenas a la asesina.

No veía nada.

«Ahora que me creía libre... —Fue su último pensamiento—. Ahora que...»

Y en aquel momento todo se tiñó de rojo. En aquel momento las detonaciones saltaron al aire como truenos lejanos. Cazada por las ráfagas de la metralla, la señora Manfred brincó en el aire, giró trágicamente sobre sí misma y terminó cayendo al suelo. Marian gateó para alejarse de allí, mientras aún sentía el contacto lacerante de aquellos dedos en su garganta.

Fue Big el que la recogió en sus brazos. El que la puso en pie. El que la alentó con su mirada. El que la ayudó a salir de allí, de aquel laberinto maldito, mientras el policía que acababa de disparar aún soplabá en el cañón de su metralleta.

Cuando estuvieron fuera, Marian contempló las estrellas. Le pareció todo un sueño. O peor: una irreal y condenada pesadilla.

—¿Dónde está la señora Pickers? —balbució.

—No te preocupes por ella: la han detenido ya.

—Pues no nos alejemos mucho. Hay que estar con atención cuando retiren las joyas.

—¿Por qué? —preguntó Big, mientras aún la sostenía suavemente por la cintura.

—¿Y lo preguntas? No me las pondré jamás, pero en el escaparate de una joyería valdrán lo suyo, ¿comprendes? Y yo soy la heredera.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

